9070

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

RIGOLETTO

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

DEL CÉLEBRE DRAMA «LE ROI S'AMUSE» DEL INMORTAL

VICTOR HUGO

POR

MARIANO VALLEJO Y FRANCISCO GÓMEZ ERRÚZ.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1886.

12

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1885.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Aliquid chupatur	1	D. Ricardo Blasco	Todo.
Baltasar y Rafael	1	Sres. Tórmo y Pinedo	»
Boda y bautizo	1	D. M. Echegaray	Mitad.
Botasillas	1	Miguel Casañ	Todo.
Cómo se pasa la vida	1	Adolfo Llanos	»
El balneario	1	Eduardo Navarro	»
Futuro imperfecto	1	Cárlos Huete	»
Hidrofobomanía	1	M. Casañ	»
La mano derecha	1	M. Echegaray	»
La trompeta	1	Adolfo Llanos	»
Los niños terribles	1	Enrique Segovia Rocaberti	»
Nos casamos	1	Adolfo Llanos	»
Reina y mártir	1	F. Pi	»
Solteros entre paréntesis	1	Perrín y Palacios	»
Pedro Jiménez	1	Gutiérrez Alba	»
Venganza aragonesa	1	Manuel Izquierdo	»
Caridad	2	Juan Ortíz	»
El Macareno	2	Miguel Casañ	»
Las de Miguelturra	2	Navarro	Mitad.
Por ir al baile	2	H. Giaer	Todo.
Andrea	3	N. N.	»
Carlota de Sain Albert	3	Joaquín Coello	»
Clara Sol	3	Ricardo Rodríguez	»
Don Juan Tenorio. (3.ª parte)	3	Bartrina y Arus	»
Dora	3	Javier Santero	»
Diavolín	3	Segovia y Blasco	»
Dionisia	3	Manuel Tubino	»
El amigo de confianza	3	Enrique Gaspar	»
El caballo de cartón	3	Vallejo y Errúz	»
El cercado ajeno	3	Federico Soler	»
El general Montleón	3	Javier Santero	»
En primera clase	3	M. Echegaray	»
Faltas pasadas	3	Eusebio Blasco	»
Georgina	3	Pedro Gil	»
La Sociedad	3	Federico Gómez	«
La viuda de López	3	Larra	»
Lola	3	Enrique Gaspar	»
Las de Regordete	3	E. Sierra	»
Le Maitre de Jorges	3	Erckman Chatriam	»
Les petits Godins	3	Maurice Ordonneau	»
Pedro López	3	Rafael García Santistéban	»
Teresa Raquín	3	Hermenegildo Giner	»
Denise	4	Alejandro Dumas	»
Les Rantzan	4	Erckman Chatriam	»
Los Rantzan	4	Erckman Chatriam	»
Rigoletto	4	M. Vallejo y F. Gómez Errúz	Mitad.

Al primer actor D. Enrique Zouvegui

Mariano Vallejo

RIGOLETTO.

RIGOLETTO

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

DEL CÉLEBRE DRAMA «LE ROI S'AMUSE» DEL INMORTAL

VICTOR HUGO

POR

MARIANO VALLEJO Y FRANCISCO GÓMEZ ERRÚZ.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de NOVEDADES la noche del 1.° de Abril de 1886.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ,
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.		ACTORES.
BLANCA	D.ª	ADELA GARZÓN
MAGDALENA		CAROLINA HUERTAS.
BERARDA		ELVIRA ALVERÁ
MADAME COSSÉ		MATILDE BUENO.
MADAME COISLIN		ROSARIO MIRÓ.
RIGOLETTO	D.	RICARDO MORALES.
FRANCISCO I		DEMETRIO OSUNA.
SAINT-VALIER		JUAN CASAÑER.
SALTABADIL		MANUEL DIAZ.
CLEMENTE MAROT		GENARO VENEGAS.
COSSÉ		JOSÉ CAPILLA.
LATOUR LANDRY		DIEGO CAMPOS.
MONTMORENCY		HILARIO FERNÁNDEZ.
UN GENTIL-HOMBRE		PARDO.

Cortesanos, pajes, etc.

La acción en París, año 159...

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PRIMER ACTOR

DON RICARDO MORALES.

Antes de salir Paco para Filipinas, convinimos él y yo en dedicar á usted RIGOLETTO, pagando así una deuda de gratitud y de cariño.

Gómez Errúz, en efecto, debe á usted el que su primera producción dramática fuera el año pasado admitida primero y aplaudida después en el teatro de Novedades, y por mi parte declaro ingénuamente, que si usted no me alienta y me estimula, yo, que desde el año 1871 no había vuelto á hacer nada para el Teatro, ni aún con la colaboración de Paco hubiera confeccionado *El caballo de Cartón*, ni pensado siquiera en arreglar RIGOLETTO.

Pagando, pues, lo que á usted debemos, tanto Paco como yo; en su nombre y en el mío, y después de rogarle dé las gracias á los intérpretes todos de RIGOLETTO, tengo un verdadero placer en dedicar á usted este trabajo, débil muestra de la buena amistad de su afectísimo

MARIANO VALLEJO.

Madrid 10 de Abril de 1886.

677441

ACTO PRIMERO.

Rica cámara del palacio del Louvre. Galería al foro, por la cual se ven cruzar constantemente damas y caballeros ricamente vestidos. Se oye dentro la música del baile, y la aurora comienza á clarear á través de los vidrios.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO I, LATOUR, LANDRY.

REY. El mérito de Colón no fué partir de Palos, sino llegar á donde se proponía; y yo, que me prometo descubrir un mundo de placeres nuevos en esa desconocida beldad, no he comenzado esta aventura para quedarme á la mitad del camino.

LAT. ¿Es decir, señor, que persistís en su conquista?

REY. Hasta tal punto, que hace ya dos meses que todos los domingos la sigo al salir de la iglesia de San Germán, donde oye misa, y todos los días, al anochecer, rondo el callejón de Bussy, que es donde vive.

LAT. ¿Junto al palacio de Cossé?

REY. Precisamente.

LAT. Magnífico. De ese modo, y con un doble juego, al par que rondais á la humilde villana, os ganais el corazón de la ilustre dama, siendo al par perseguidor de

madama Cossé y de esa desconocida, cuyo nombre ignoro.

REY. También lo ignoro yo. Mi adorada beldad lleva siempre tras sí una maldita dueña que no le permite ni respirar siquiera. Es la sombra que sigue á la luz. ¡Pero qué sombra tan negra!

LAT. Todas las viejas, señor, son sombras de mujeres; ó por mejor decir, mujeres en sombra.

REY. Y no es lo peor la vieja. Lo peor para mí, es que no bien anochece, un maldito embozado se presenta en el callejón de Bussy, y después de mirar atentamente á todas partes, y cuando cree no ser visto, llama, le abren y penetra en la casa de mi bella, de la cual á veces tarda en salir algunas horas.

LAT. ¡Demonio, la cosa se complica y me parece que vuestra futura conquista está muy conquistada! Esa mujer, que según lo que decís, tanto se recata de vos, es indudablemente de todo punto recatada y su virtud ha debido sufrir más de una prueba.

REY. ¡Latour!...

LAT. El embozado que penetra en su casa es la mejor prueba de la firmeza de sus virtudes. De todos modos, puesto que un embozado penetra en su casa, creo que vos podreis penetrar en ella de igual modo.

REY. ¿Cómo?

LAT. Suplantando al embozado.

REY. No es mal medio. ¿Pero y si después que yo penetre en su casa, conoce el engaño y grita?

LAT. No gritará, yo os lo aseguro, si es que os ama.

REY. No diré yo que me ame, si bien á juzgar por sus miradas, creo que no le soy indiferente.

LAT. ¿Sabe, por ventura, quién sois?

REY. Ni lo sospecha siquiera. Siempre que me ha visto, me he presentado ante ella con el traje de estudiante; siendo imposible, por tanto, que pueda imaginar, que su tenáz rondador es Francisco I, rey de Francia.

(Aparecen por el foro Rigoletto, Montmorency y Marot prime-

ro, y después, y á su debido tiempo, Monsieur y Madame Cossé, Coislín y algunos cortesanos.) Silencio. Mirad, se acercan, y como en las lides de amor el secreto es indispensable para triunfar, quiero guardar gran secreto.

ESCENA II.

DICHOS, RIGOLETTO, MONTMORENCY, MAROT, y luego MADAMAS de COSSÉ y de COISLÍN, MR. COSSÉ y CORTESANOS.

RIG. (Que ha oído las últimas palabras del Rey.) Haceis bien. El miedo á que sus acciones sean conocidas, detiene por igual á las mujeres y á los ladrones; bien es verdad, que mujeres y ladrones viven siempre de lo que quitan y á costa del sosiego ajeno.

MAROT. No dirá eso Rigoletto por Monsieur Cossé, que vive muy sosegado.

RIG. Á ratos; pero bajad la voz cuando hableis de Monsieur Cossé, porque puede oiros.

REY. ¿Qué importa?

MAROT. Puede importar, porque Cossé conoce á Diana de Poitiers.

REY. Hace ya ocho días que no la veo.

RIG. ¿Cómo? ¿Ocho días? ¿Hace ocho días que no concedeis ni una hora á la mujer á quien no hace mucho tiempo aún concedísteis la cabeza de Saint-Valier, su padre?

LAT. Á propósito de Saint-Valier. Yo creo que merecía haber sido descabezado por mano del verdugo, ya que no por otros, por el enorme crímen de haber casado á un ángel de hermosura, como es su hija Diana, con un Senescal jorobado.

RIG. ¡Y tan jorobado! Su esposa dará fé de ello.

MAROT. Pobre Diana de Poitiers, y malhaya el capricho de su padre.

LAT. El padre es un viejo chocho. Yo estaba junto á él cuando iba á ser decapitado, y al llegar el perdón del

Rey, le oí decir con fría gravedad y sin señal alguna de alegría: «Dios guarde al Rey» únicamente. Estoy seguro que ahora, que conoce las causas que motivaron su perdón, no dirá: «Dios guarde al Rey,» á no ser que añada después... «bajo una losa.»

REY. En efecto; Saint-Valier está que toca el cielo con las manos.

RIG. Á su edad eso es muy conveniente. Próximo á morir, y tocándole ya con la mano, fácilmente podrá meterse en el cielo. (Aparece madama Coislín del brazo de un caballero.)

REY. Ved, señores, uno, en el que agradecería á Dios me diera entrada. Madame Coislín está hermosísima esta noche. Voy á hablarla. (El Rey se dirige á ella, y figura hablarla.)

RIG. Anda, líbertino, anda; persigue á esa también; intenta penetrar en él, en la seguridad de que no lograrás entrar en ese cielo... ni en el otro.

MAROT. Por allí viene madame Cossé. Vereis, señores, cómo al ver al Rey galanteando á Madame Coislín, se pica y deja caer el guante (Madame de Cossé, picada al ver lo que el Rey hace, deja caer el ramillete de flores que traerá en la mano. El Rey deja á madame de Coislín y recoge y presenta á madame de Cossé su ramillete.) ¿No lo dije?

REY. Dejad que devuelva á su reina estas flores, que rebeldes querían emanciparse. (Madame de Cossé toma lo que el Rey le presenta, y al tomarlo el Rey le coge la mano.) Permitid que bese esa mano más blanca que esas flores y más hermosa que ellas.

M. COS. Mi marido nos observa.

COSSE. (Apareciendo por el foro.) ¿Qué estará diciendo el Rey á mi mujer?

LAT. (Notando la aparición de Cossé y lo que el Rey y su esposa hacen.) Creo que el Rey me agradecerá el servicio que voy á hacerle, porque es un servicio real. (Dirigiéndose á Cossé.) Real servicio, señor conde; oid. (Cossé baja hasta donde está Latour. Misteriosamente.) Vuesta esposa

es hermosísima. Teneis suerte, porque á no dudar, merece ser reina de las hermosas.

COSSE. (De mal talante.) No tengo gana de bromas. (Cossé se dirige á otro grupo, y antes de llegar á él es detenido por Marot.)

MAROT. ¿Qué teneis, señor conde? Vuestra cara es la de un hombre amoscado.

COSSE. Efectivamente; estoy con la mosca en la oreja.

MAROT. Espantadla.

COSSE. (Separándose de Marot.) Voy á hacerlo. (Se dirige á donde están el Rey y su mujer, y Rigoletto se interpone.)

RIG. ¿Á dónde vais, señor conde? Os hallo muy pensativo. ¿Qué teneis en la cabeza?

COSSE. Nada... no tengo nada.

RIG. Pues lo parece, y las gentes comienzan á creerlo.

COSSE. ¿Las gentes?

RIG. Sí, señor conde, las gentes.

COSSE. Dejadme en paz. No tengo gana de bufonadas.

RIG. Mal haceis en tomar las cosas por lo sério. (Cossé se dirige á donde están el Rey y su mujer, que dice al verle llegar.)

M. COS. Mi marido; separémonos. (Dirigiéndose á Mr. Cossé y apoyándose en su brazo.) Dejad que me apoye en vos. Me parece que voy á desvanecerme. Siento que se me va la cabeza.

COSSE. Creo que sí. Retirémonos. (Desaparecen ambos por el foro.)

REY. (Bajando hasta donde está Rigoletto.) ¡Rigoletto! ¡Rigoletto! ¡Esta es la gloria!

RIG. No para Monsieur Cossé.

REY. ¡Qué mujer! ¡Qué mujer! Soy feliz; ¿y tú?

RIG. ¿Yo?... Mucho. Vos gozais de la fiesta, y yo me burlo de ella. Vos sois feliz como un rey, y yo como un bufón.

REY. ¡Qué noche de placer! Sólo Cossé me fastidia.

RIG. Procura pagaros.

REY. Vamos, Rigoletto. Ven conmigo y busquemos á madama de Cossé. Mientras yo la hablo, tú entretendrás al conde.

RIG. Al conde... nado. Vamos, aunque el conde por nues-

tra ida se condene. (Vanse Rey y Rigoletto.

ESCENA III.

MAROT, MONTMORENCY, LATOUR, y á su debido tiempo COSSÉ.

MAROT. La fiesta es magnífica, señores, y el Rey se divierte y goza.

LAT. No es sólo el Rey el que se divierte. Todos esta noche están aqui muy divertidos.

MONT. Y el que más divertido está, es el buen conde de Cossé.

MAROT. Me da compasión. Dejemos ese asunto y oid una noticia extraordinaria, sorprendente, incomprensible; una noticia que aterra. Adivinad, señores, una cosa, la que más absurda os parezca referente á Rigoletto.

LAT. ¿Que ya no tiene joroba?

MONT. ¿Que tiene gracia en sus dichos?

MAROT. Más que eso. Rigoletto tiene... Adivinad, señores, lo que tiene.

LAT. ¿Compasión de los dolores ajenos?

MONT. ¿Ingenio?

LAT. ¿Un desafío pendiente?

MAROT. Más; pero mucho más que eso. Rigoletto el bufón; Rigoletto el jorobado; Rigoletto el ridículo; la *etcétera* viviente de la escritura humana, tiene una mujer que le ama.

MONT. Imposible; nadie ama lo ridículo.

LAT. Ni lo malo.

MAROT. Pues señores, á pesar de vuestras afirmaciones, yo os juro, por mi vida, que Rigoletto tiene una amada. Todos los días, así que anochece, el bufón, embozado hasta los ojos en una enorme capa, va á rondar á su ninfa, la cual vive junto al palacio de Cossé.

LAT. ¿En el callejón de Bussy? ¿Junto al palacio de Cossé? (¡Irá por orden del Rey?) ¿Si el Rey y su bufón,

rondarán cada cual por cuenta propia? ¡Qué misterio es este! Sea el que quiera, yo lo descubriré y de él sacaré partido. (Á Marot.) ¿Pero es cierto lo que nos habeis dicho?

MAROT. Y tan cierto. La casualidad me ha hecho descubrir este secreto de Rigoletto; y por cierto que pienso darle un chasco.

MONT. Vive Dios, que lo merece. ¡Rigoletto, trasformado en Cupido!

LAT. No estará mal, con el carcax á la espalda, puesto que ya lleva otro, y disparando las flechas con su arco.

MONT. Con el arco de su cuerpo. (Remedando á Rigoletto.) Y á propósito de secretos, ¿cuál de vosotros sabe con qué objeto el Rey sale también todos los días al anochecer y siempre solo, y disfrazado siempre?

COSSE. (Apareciendo y mezclándose en la conversación.) ¡Hola, hola! ¿Conque el Rey sale todos los días, solo y disfrazado? ¿Y á dónde va?

LAT. No lo sé, y lo que es más, no me importa. Afortunadamente para mí, no soy como vos... casado.

COSSE. Ya; pero todo el que tenga mujer, hermanas ó hijas, debe echarse á temblar cuando el Rey se propone divertirse. La boca al reir, enseña los dientes á todos, no á uno sólo. Cuando llueve, todos estamos expuestos á mojarnos, y cada cual debe procurar guarecerse de la lluvia.

MONT. (Ap. á Marot.) El buen Conde le tiene un gran miedo al Rey.

MAROT. Su esposa es de más valor.

MONT. Precisamente el valor de la mujer es siempre causa del miedo de su marido.

MAROT. El Rey llega.

ESCENA IV.

DICHOS, REY y RIGOLETTO.

REY. (Hablando con Rigoletto.) Mi hermana Margarita está

empeñada en que traiga algunos sabios y poetas á mi corte, porque dice que llegará un día en que me canse de las mujeres.

RIG. Vuestra hermana no sabe lo que se dice. ¿Para qué quereis en la corte cinco ó seis poetas? ¡Cinco ó seis poetas! ¡Cinco ó seis que hagan versos y sátiras y epígramas, y que muerdan en todo como perros! Bastante tenemos con Clemente Marot (Mostrándole.) nuestro poeta de cámara. Del mal, el menos.

MAROT. Muchas gracias. (¡Insolente!)

RIG. Mujeres, señor, mujeres, y dejaos de sabios.

REY. (Á Rigoletto.) Míra; allí se están riendo de tí.

RIG. (Se acerca á un corro de cortesanos, y después de escuchar lo que dicen, vuelve rápidamente donde está el Rey.) No es de mí de quien se ríen, es de otro loco.

REY. ¿De cuál?

RIG. De vos. Dicen que sois avaro, que prodigais riquezas y honores á los de Navarra, y no los premiais á ellos.

REY. ¡Miserables! Á todos ellos les he hecho grandes mercedes, y aún no están contentos.

RIG. Si se quejan con justicia, aún podeis hacer mucho por ellos... hacerlos ahorcar.

REY. Pensaré en ello; esta noche no quiero pensar más que en el amor y en los placeres; quiero ser felíz.

RIG. Teneis placeres, sí; ¿pero no echais de menos á vuestro lado una mujer cuyo corazón sea vuestro? Ser amado por ser Rey, es lo mismo que no ser amado.

REY. ¿Y qué sabes tú si hay ó no alguna mujer que me ama por mí mismo; que me ama sin conocerme?

RIG. Preciso es que así sea para que os ame; la que os conozca, seguro que no os amará.

REY. Pues hay quien me ama sin saber quién soy, y creyéndome por el contrario una persona humilde.

RIG. Lo que no sois; pero de todos modos, esa beldad incógnita será, á no dudar, alguna oscura plebeya.

REY. Quizá.

RIG. Pues cuidado, señor, con las plebeyas. Mirad que los

plebeyos no son tan sufridos y mansos como los cortesanos, y suelen olvidarse del respeto debido á la Majestad. No cometais, pues, villanías, y contentaos con las mujeres de estos señores.

REY. Con una de ellas estaría yo muy contento.

RIG. Atrapadla.

REY. No es tan fácil hacerlo como decirlo.

RIG. ¡Quién sabe!... y voy á daros un medio. Robémosla esta noche.

REY. ¿Y el Conde?

RIG. ¿Y la Bastilla?

REY. ¿Y lo que diría mi pueblo?

RIG. En ese caso, señor, haced Duque al que hoy es Conde.

REY. Rehusaría tal honor y además alborotaría el mundo. Cossé es celoso como un plebeyo.

RIG. ¡Qué demonio de hombre! (Se queda pensativo; Cossé se acerca poco á poco y escucha lo que Rigoletto dice.) Entonces queda un recurso cómodo, fácil é ingenioso; el recurso de mandar que corten la cabeza al señor conde de Cossé. Se le supone comprometido con el Rey de España, y entonces .. (Hace la indicación de decapitarlo.)

REY. (Riendo y dando golpecitos en el hombro á Cossé que se ha acercado.) ¿Estás en tu juicio? ¿Cortarle á Cossé la cabeza?

COSSE. ¡Cortarme la cabeza á mí!

RIG. ¿Y qué? Así no os molestaría su peso.

REY. Cortarle la cabeza á Cossé es cosa seria...

RIG. Pues ved lo que son las cosas. Yo creo, por el contrario, que haría reir á muchos, porque tendría mucha gracia.

COSSE. (¡Maldito bufón, como yo pueda vengarme de ti... ya verás la que te espera!)

REY. No asustes al conde con tus bromas y ven conmigo. Vamos á ver lo que las damas hacen.

RIG. Las damas, señor, suelen hacer cosas excelentes. (Vanse el Rey y Rigoletto.)

ESCENA V.

COSSÉ, LATOUR, MAROT y MONTMORENCY.

COSSE. Es mengua en nosotros sufrir las repugnantes insolencias de ese miserable bufón.

MAROT. Decís bien; nadie que sea honrado, puede tolerar sus demasías. ¡Venguémonos de él!

LAT. Mirad que el Rey le protege.

MAROT. No importa. Todos hemos recibido ofensas de ese miserable, y todos estamos en el deber de vengarlas. Juntémonos, pues, todos, al anochecer de mañana en el callejón de Bussy, y cuando llegue á rondar á su dama... entonces...

COSSE. Por mi parte, acepto ese proyecto.

MONT. Y yo.

MAROT. No hablemos, pues, más de esto, y mañana concertaremos el plan de ataque. En tanto, señores, silencio, y mañana guerra á Rigoletto.

COSSE. ¡Sí; guerra á Rigoletto!

MONT. ¡Guerra!

LAT. Silencio. El rey y él se acercan, seguidos por algunas damas y caballeros.

ESCENA VI.

DICHOS, el REY, RIGOLETTO y algunas damas y caballeros por el foro. Por la derecha del actor, un Ugier primero, y poco después, á su debido tiempo, SAINT-VALIER.

UGIER. (Anunciando.) El conde de Saint-Valier desea ver al rey.

RIG. ¡Magnífico! Para que este fuera el festín de Baltasar, faltaba el *Mane Thecel Fares*; y hé aquí por dónde llega. Lo triste viene á hacer más alegre nuestra alegría. ¡Nos reiremos de Saint-Valier! Que pase.

REY. (Con viveza.) No, no. No quiero que entre. No quiero que Saint-Valier llegue esta noche á mi presencia.

SAINT. (Vestido de riguroso luto, aparece en la puerta de la izquierda.) Es tarde, porque estoy en ella ya.

REY. ¡Vos! ¡Vos, conde de Saint-Valier!

SAINT. Ese es mi nombre. (El rey colérico da un paso hacia Saint-Valier, Rigoletto le detiene.)

RIG. Dejadme á mí, señor, que hable á este caballero. (Tomando una actitud teatral y burlesca.) Conde de Saint-Valier, ¿qué venís á hacer aquí? ¿Qué furor os mueve? ¿Qué mala pasión os guía? Vos conspirásteis contra nos, y nos, como Rey clemente, os perdonamos la vida. Y no debimos perdonárosla... No, ¡vive Dios! porque no lo mereceis, y porque al perdonaros causamos la eterna desgracia de vuestra hija. ¿Qué capricho os dió de entregar su mano, la más blanca y más hermosa de toda la Francia, á un yerno contrahecho como yo y barrigudo como el señor? (Señalando á Cossé.) Sin la previsión del rey, que la ha hecho venir á la córte, separándola de su marido, tal vez á estas horas os veríais rodeado de nietos gordinflones como el señor y torcidos como yo. Vuestro yerno el Senescal es muy feo, y pues el Rey honra con sus favores á su bella esposa, debe agradecer en mucho las bondades que el Rey á su mujer dispensa.

SAINT. Calla, miserable, calla. Respeta mi ancianidad y mi desventura; y vos, Rey de Francia, oidme, porque teneis obligación de hacerlo. Un noble habla á otro noble. Un caballero francés, pide al primer caballero de Francia que le escuche, y sopena de dejar de serlo, no puede negarse á ello. Conspiré y me hicísteis subir al cadalso, sobre el cual, lleno de asombro, pero también de gratitud, recibí vuestro perdón, que yo, necio de mí, creí noble y generoso. Ignoraba entonces, que en el fondo de todos los actos de los Reyes, aun de aquellos que aparecen más limpios y más hermosos, se oculta, como se ocultan en el fondo de todo lago por brillante y tersa que su superficie aparezca, la podredumbre y el cieno. Engañado; crédulo en dema-

sía, consideré como favor el agravio; como bondad lo que era en sí deshonra; como bien, lo que era oprobio; y agradecido, bendije la mano de aquel, que esclavo de sus vicios, sin valor y sin nobleza, se prevalía de su alto poder para mancillar la honra de sus nobles; para conculcar las leyes de su reino; para ser escándalo de sus pueblos y execración de las gentes.

REY. ¡Vive Dios! (Colérico. Volviéndose á Montmorency.) Duque, prendedlo y amordazadlo.

SAINT. Prendedme; amordazadme; cortad, si quereis, mi lengua; pero no conseguireis prender ni amordazar vuestra conciencia, y ella os dirá lo que yo no pueda deciros. Rey de Francia, no vengo á pedirte mi hija; el que no tiene honor, no tiene familia; y pues tú trocaste en podredumbre la que fué fragante flor, guárdala junto á tí, para que su hedor te hiera y te atormente. No quiero, no vengo á pedirte mi hija; quiero y vengo á amargar tu corazón; á turbar la alegría de esta fiesta; y en ella, como en todas cuantas dés, tendrás que escuchar mi voz, que te gritará constantemente: ¡Rey de Francia, no solamente eres un Rey injusto, y por lo tanto un mal Rey, sino que eres un mal caballero; pues quien como tú comete la villanía de hacer optar á una hija entre su honra y la vida de su padre, mas que de Rey y de caballero tiene de villano ó de bandido!

REY. Está loco. Los favores que á su hija dispensais se le han subido á la cabeza, y os trata de igual á igual.

SAINT. Aquí no hay ninguno igual á mí. ¡Malditos seais los dos. Tú, vil lengua de la difamación y del escarnio; y tú, Rey, que consientes que un noble, que un padre que viene á pedirte cuentas de su honra, sea delante de tí burlado y escarnecido! ¡Ay de tí, bufón, si tienes mujer ó hija! ¡Ay de tí, Rey, si tus pueblos hoy; si la posteridad mañana te juzgan como mereces!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Callejón de Bussy. Á la derecha del actor casa de humilde aspecto, con un patio cercado por una pared, que ocupa casi las tres cuartas partes del escenario. En el patio varios árboles y un banco de piedra. En la tapia del patio puerta que da al callejón, y encima un terradito con su cobertizo, sostenido por arcos de fábrica. La puerta del primer piso da al terrado que comunica con el patio por unos escalones. Á la izquierda del actor las tapias de los jardines del palacio de Cossé. En el fondo calle.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telón la escena aparece sola, luégo RIGOLETTO, embozado en una larga capa y sin ningún atributo de bufón, aparece por el último término izquierda; reconoce la escena con cuidado, y después se dirige á la puerta de la tapia. SALTABADIL, embozado igualmente que RIGOLETTO, aparece poco después que éste.

RIG. (Pensativo.) Aún me parece oír la maldición de Saint-Valier. Aún resuenan en mis oídos sus fatídicas palabras y tiemblo al pensar que su maldición pueda alcanzarme. Estoy impaciente; quiero ver á mi Blanca; entremos.

SALT. (Acercándose á Rigoletto y saludándole.) ¡Caballero!

RIG. (Entre medroso y enojado.) ¿Qué? No llevo, no tengo dinero.

SALT. Reparad que no os he pedido una limosna. Me habeis juzgado mal. Soy un antiguo soldado, no un mendigo.

RIG. (Retrocediendo.) (¿Si será un ladrón?)

SALT. (Acercándose y con gran afabilidad.) Parece que estais caviloso; y por si el verme delante de vos os preocupa, voy á deciros quién soy; lo que he observado, y lo que hace ya días pensaba proponeros. Soy un antiguo soldado, que después de haber hecho varias campañas y de haber lidiado con españoles y napolitanos, he aprendido que no siempre los que necesitan una espada ó un puñal, saben ó tienen bastante corazón para vengar por sí mismos sus ofensas. Ahora bien: la casualidad me ha hecho observar que todas las tardes rondais este callejón, y sin temor á perder, apostaría algo bueno á que andais celando una mujer.

RIG. (De mal modo.) Yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis operaciones. (Da media vuelta como para marcharse, y Saltabadil le detiene.)

SALT. Dispensad si yo me entrometo en ellas por vuestro bien; y si me conociérais, me trataríais mejor. Sed franco. Algún fátuo, á no dudar, galantea á vuestra mujer y estais celoso, ¿no es cierto? (Con gran suavidad.) Pues bien; en Nápoles he aprendido yo, que habiendo quien lo pague, por supuesto, cuando un hombre estorba... se le puede quitar de en medio fácilmente.

RIG. ¡Demonio! me parece muy bien eso que me decís. Os he juzgado mal.

SALT. Creo que al presentarme á vos, me tomásteis por un ladrón, y ya veis que soy un hombre honrado. Os he seguido, sí, pero con buenos fines.

RIG. Efectivamente; vuestros fines no pueden ser mejores. Finalizan del todo. Sois un hombre muy útil.

SALT. Tal creo. Guardo el honor de las damas, y doy sosiego y descanso á los maridos.

RIG. ¿Y qué precio poneis á vuestros servicios?

SALT. Según sea el galanteador y el modo que haya que emplear para despacharle.

RIG. Veamos. ¿Cuánto llevais por matar... á un grande, á un Duque, por ejemplo?

SALT. Esos valen caros. Los grandes y Duques van siempre armados, y como uno arriesga el pellejo, ó cuando menos puede sacar algún rasguño, hay que cobrar por adelantado los gastos de la curación ó del entierro. Por supuesto, que yo cobro siempre la mitad de lo convenido antes, y la otra mitad después.

RIG. Claro. Así no podeis engañar ni ser engañado más que á medias. (Con curiosidad.) ¿Y cómo os arreglais para ejercer vuestro oficio de despabilador de luces humanas?

SALT. Según y conforme. Despacho mis asuntos unas veces en la calle y otras en mi casa. En la calle me sirven mi espada ó mi puñal; acecho la ocasión, y cuando llega...

RIG. Ya, ya estoy enterado de vuestros buenos fines. ¿Y en vuestra casa?

SALT. En mi casa tengo una hermana hermosísima que baila por las calles acompañada de su pandereta, y que es la encargada de atraerme al hombre objeto de mi industria; porque mi hermana es Magdalena...

RIG. Antes de arrepentirse.

SALT. Cita al sentenciado á casa, procurando que la cita sea siempre por la noche, y allí... sin escándalo, con decencia...

RIG. No; con puñal. Judit da muerte á Holofernes en el lecho...

SALT. Conque si os ocurre algo, hablad y no quedareis descontento. Yo no soy de esos perdonavidas que prometen y no cumplen. Yo sé ganar honradamente mi dinero.

RIG. No lo dudo; pero por ahora no necesito nada.

SALT. Lo siento; pero por si acaso, sabed que me llamo Saltabadil, y que estoy todos los días á las doce paseando por delante del palacio de Maine. (Saludando á Rigoletto y despidiéndose de él.) Conque, que Dios os guarde. Creo que no habreis formado mal concepto de mí.

RIG. No tal; cada uno tiene su modo de vivir y de matar.

SALT. Á vuestras órdenes.

RIG. Á las vuestras. Con tal que no sean órdenes de muerte. (Vase Saltabadil.)

ESCENA II.

RIGOLETTO solo.

He ahí un doctor que vive de las sangrías; y sin embargo, entre ese hombre y yo hay una perfecta semejanza; él mata con punzante espada; yo con mi afilada lengua... No puedo desechar de mí la idea que me atormenta. La maldición de Saint-Valier pesa sobre mí como una losa de plomo. Yo le ofendí cruel y alevemente. Tuve razón al hacerlo. La naturaleza y los hombres me han hecho malo y cruel, y les devuelvo su obra. Si alguna vez, triste y dolorido, me escondo en un rincón para calmar en la soledad mis penas, allí va la córte á buscarme; y allí mi amo, jóven, gozoso, omnipotente, me dice, dándome con el pié como á un perro: Bufón, hazme reir, diviérteme; y yo los divierto, y ellos me desprecian y me humillan. ¡Ah, cortesanos! Yo aconsejando al Rey torpezas y crueldades para vengarme de él y de vosotros soy vuestra irrisión y vuestro escarnio; pero también vuestra perdición y vuestra ruina. ¡Oh, pero esto no es vivir! Odiar y odiar siempre, es ser siempre desgraciado. No, hay algo que yo no odio; algo que es para mí amor, felicidad y virtud. Al entrar por esa puerta, mi corazón se purifica. Aqui, junto á mi hija, el bufón que odia, desaparece ante el padre que ama. Todos los padres

aman á sus hijos; por eso Saint-Valier, que amaba á su hija, era respetable en su dolor, y yo me mofé de él. (Haciendo esfuerzos para reir.) No quiero pensar en esto. ¡Blanca! ¡Blanca! (Rigoletto, que al retirarse Saltabadil quedó en la escena, habrá, durante el monólogo, abierto la puerta del patio, penetrando en él y vuelto á cerrar por dentro, de modo que al concluir su soliloquio, se encuentre á la puerta de la casa. Cuando llama á ella y dice: ¡Blanca! esta, vestida completamente de blanco, sale y se lanza á sus brazos.)

ESCENA III.

RIGOLETTO, BLANCA.

BLANCA. ¡Padre mio!

RIG. ¡Hija de mi alma! (Abrazándola.) Así; estréchame bien contra tu corazón. Á tu lado todo me sonríe, y respiro gozoso y con libertad. ¡Qué hermosa eres! Más hermosa cada dia. Dime, ¿estás bien aquí? ¿Qué deseas? ¿Te hace falta algo?

BLANCA. ¡Cuánto me quieres, padre mío!

RIG. No te quiero; te adoro, eres mi vida. ¿Qué sería de mí si tú no existieras?

BLANCA. ¿Estás triste? ¿Qué tienes? Cuéntaselo á tu hija, á la hija de tu alma. Nunca me has hablado de mi familia, de mi madre.

RIG. No la tienes.

BLANCA. Jamás me has dicho tu nombre. En el pueblo donde me crié, todos me creían sola en el mundo, hasta que fuiste á buscarme.

RIG. ¡Ojalá no hubiera ido! Más prudente hubiera sido dejarte allí; pero yo no podía vivír sin tí; sin un corazón que me amase; sin un oásis de ventura en el penoso desierto porque cruzo.

BLANCA. Padre mío, dime algo de mi madre.

RIG. ¿De tu madre? No renueves en mi corazón esa herida, apenas cicatrizada; no me recuerdes que hubo un día

en que yo, pobre, deforme, ridículo y despreciado, encontré una mujer, ó por mejor decir, un ángel, que se dignó descender hasta mí, por compasión primero, por simpatía y por amor más tarde. Murió en mis brazos, y de aquella felicidad, de aquel bien infinito, que fué en la oscura noche de mi vida lo que es un lucero en la oscuridad de la noche, sólo me resta un reflejo. Tú, Blanca mía, que eres otra estrella en la oscura noche de mi vida.

BLANCA. No te aflijas. Me da pena verte llorar así.

RIG. Otros hombres tienen padres, hermanos, amigos, deudos; pero yo... yo no te tengo más que á tí; tú eres para mí mi pátria, mi familia, mis riquezas, mi felicidad, mi Dios, mi todo. Si yo te perdiera .. Me estremezco sólo al pensarlo. Mírame; tu mirada es celestial; es la mirada de tu madre; eres tan hermosa como ella.

BLANCA. Y como ella quisiera yo hacerte feliz y venturoso.

RIG. Me haces serlo. Cuando estoy á tu lado, mi alma sonríe y se deleita...

BLANCA. Mira, quisiera salir una noche antes del toque de ánimas, y dar una vuelta por París.

RIG. ¿Salír? Imposible. Supongo que Berarda no te habrá sacado nunca de aquí.

BLANCA. Nunca, nunca más que de día, y eso sólo los domingos para ir á misa.

RIG. (No, que no salga. La verían, la seguirían, me la robarían, y la deshonra de la hija del bufón, haría reir y gozar á cuantos le temen ó le odian. Las burlas hechas por mí, me serían devueltas con usura.) Por Dios, Blanca mía, no salgas nunca. Si supieras hasta qué punto está infestada la atmósfera que en París se respira...

BLANCA. No te alarmes ni te enojes. Jamás volveré á hablarte de mis deseos.

RIG. No basta que no me hables de ellos; es preciso que no los tengas. (Levantándose.) Me entretengo demasia-

do. Ya es hora de que vuelva á mi esclavitud. Adios, adios, hija mía.

BLANCA. (Abrazándole con cariño.) ¿Volverás á verme pronto?

RIG. ¿Quién sabe? Yo, hija mía, no mando en mí. Dependo de otro, y mi condición es peor que la del más miserable de los esclavos. ¡Berarda! ¡Berarda! (Llamando.)

ESCENA IV.

DICHOS, BERARDA.

BER. (Saliendo.) ¿Qué mandais, señor? (Durante esta escena, el Rey, disfrazado, aparece en el callejón y examina con señales de rabia y de impaciencia la tapia y puerta de la casa de Rigoletto.)

RIG. (Á Berarda.) Supongo que tendreis bien cerrada la puerta que da á la calle. En cuanto á esta. . (Señalando la de la tapia.) cerradla también en cuanto yo salga, echando llave y cerrojo. Espera. (¿Pasará alguno?) (Rigoletto va á la puerta del patio; la abre y mira con inquietud el callejón, dando lugar á que el Rey, que se habrá resguardado detrás de la puerta, cuando Rigoletto la abre, penetre en el patio y se oculte detrás de un árbol. Rigoletto, que habrá subido hasta el foro y registrado el callejón, vuelve al patio.) (No hay nadie. Nadie me verá salir.) Adios, hija mía, adios. (Á Berarda.) Vos, haced que mis órdenes sean obedecidas; y sobre todo, evitad que entre aquí nadie.

BER. Sí, sí; pues buena soy yo. (Vuélvese y ve al Rey, que se oculta detrás del árbol, y que al ver que Berarda va á gritar, le da unas cuantas monedas de oro.) (¡Oro! El galán promete; mejor dicho, da; callemos.

BLANCA. ¡Qué medroso eres! ¿Por qué tanta precaución? ¿Qué temes?

RIG. Por mí nada; por tí todo. ¡Blanca, hija mía, adios!

REY. (Detrás del árbol.) ¡Mi bufón! ¡Demonio! Es hija de Rigoletto. ¡Qué aventura tan chistosa!

BLANCA. (Desasiéndose de los brazos de su padre.) Adios, padre mío.

BER. Adios, señor.

RIG. (Á Berarda.) Adios, y si llaman, no hay que abrir.

BER. No abriré, ni aun al Rey mismo.

RIG. ¿Al Rey? Pues bueno es él. Al Rey menos que á nadie. (Abraza otra vez á Blanca y vase.)

ESCENA V.

BLANCA, BERARDA, REY. Durante la primera parte de esta escena, el Rey permanece detrás del árbol.

BLANCA. Todo le inquieta y le sobresalta; todo le entristece. Pobre padre mío. Tengo remordimiento de no haberle dicho la verdad entera.

BER. ¿Y qué ibais á decirle?

BLANCA. Que todos los domingos, cuando vamos á misa, nos sigue un joven...

BER. Vaya una tontería. Además, que si tanto os disgusta que ese jóven nos siga...

BLANCA. ¿Disgustarme? No; al contrario, desde que le ví por vez primera, no puedo apartarle de mi imaginación.

BER. (Pasando junto al Rey, el cual le da un puñado de monedas que (ella se guarda) No es extraño que penseis en él, porque es un mancebo muy galán.

BLANCA. (Con entusiasmo.) Y muy apuesto.

BER. Y muy esforzado. (Alargando la mano al Rey que le da más dinero)

BLANCA. ¡Oh, sí! En sus ojos se refleja un corazón grande.

BER. ¡Inmenso! (Alargando nuevamente la mano al Rey, que vuelve á darle dinero.)

BLANCA. ¡Valiente!

BER. ¡Más que el de Carlo-Magno! (El mismo juego.)

BLANCA. Sí, Berarda, sí. Ese jóven me cautiva, me fascina.

BER. Naturalmente. Es galán, apuesto, valiente, bondadoso, enamorado, prudente, generoso, generoso sobre todo. (Á cada palabra alarga la mano y recibe y se guarda un nuevo puñado de menedas.)

REY. (Esta maldita me va á dejar sin un escudo.)

BLANCA. Espero con una impaciencia que sea día de misa. El último que fuimos á la iglesia se me figuró que iba á hablarme, y mi vista se nubló y mi corazón latió con violencia, sintiendo al par un placer y un dolor extraños. Á todas horas pienso en él. Quisiera verle, hablarle, que él me hablara y estuviera á mi lado á todas horas, y mirándome en sus ojos decirle enamorada, te a... (El Rey, que mientras Blanca ha dicho las precedentes frases, habrá salido de detrás del árbol, póstrase á sus piés, coge una mano de Blanca y le dice con gran ternura.)

REY. Te amo. Acaba, acaba, dí yo te amo. No temas. ¡Esas palabras de amor son tan dulces en tus labios!

BLANCA. (Asustada y buscando con los ojos á Berarda, que habrá desaparecido.) ¡Berarda! Se ha marchado. No hay nadie aquí. No hay nadie. (Berarda, que desapareció oportunamente de la escena, aparece en el terrado.)

REY. Sí, Blanca mia; hay dos amantes dichosos, hay dos almas que se buscaban con afán, y que al encontrarse se han confundido en una sola.

BLANCA. ¿Pero cómo estais aquí? ¿Por dónde habeis entrado?

REY. ¿Qué importa eso? Blanca; hermosa Blanca; yo te amo.

BLANCA. Dios mío, ampárame. Si alguien os ha visto entrar; si mi padre volviera... Salid, salid por Dios; yo os lo ruego.

REY. ¿Salir? Salir cuando por vez primera puedo hablarte; cuando te tengo á mi lado; cuando leo en tus ojos mi ventura; cuando he oído de tus lábios que me amas.

BLANCA. (Confusa.) Me escuchaba.

REY. Sí; te escuchaba, y los ángeles del cielo tenían envidia de mi dicha.

BLANCA. Pues bien; ya nos hemos visto; ya nos hemos hablado; ahora idos.

REY. ¿Irme? ¿Salir de aquí cuando mi suerte está unida á la tuya? ¿Cuando el cielo quiere que por mí, tus ojos se abran á la luz y tu corazón al amor? No lo esperes.

El amor es el sol que ilumina el alma. Bañemos nuestras almas en sus rayos. El cetro que da y arrebata la muerte; la gloria alcanzada en los combates; la fama; los honores; las riquezas, todo eso es despreciable; todo es nada. Sobre la tierra no hay más que una cosa divina; el amor. ¡Blanca; Blanca mía! El amor es el alma de la vida; es lá paloma unida al águila en los cielos; la hermosura apoyada en el valor: el amor, es tu mano dulcemente olvidada entre las mías. (El Rey, que habrá hecho sentar á Blanca y se habrá sentado junto á ella en el banco de piedra, quiere abrazarla; ella le rechaza.)

BLANCA. Dejadme, por Dios, dejadme.

REY. No, Blanca mía, no. Repite, repite que me amas.

BLANCA. ¿No me escuchásteis antes? ¿No lo sabeis ya? (¡Estoy perdida!)

REY. ¿Suspiras? ¿Temes? ¿No eres feliz á mi lado?

BLANCA. No lo sé. ¿Pero quién sois? Decidme vuestro nombre.

REY. ¡Mi nombre!

BLANCA. Vos no sereis un grande, ni un caballero de la córte. Mi padre los teme tanto. Habla tan mal de ellos.

REY. ¿Qué he de ser? Yo me llamo... (¿Cómo me llamo yo?) Gualtero Mahiet, y soy... un pobre estudiante.

BER. (Ocupada en este momento en el terrado en contar el dinero que le ha dado el Rey, dice al escucharle.) ¡Será embustero! (Marot, Montmorency, Cossé y Latour aparecen en el callejón. Al verlos y oir el rumor de sus voces y pasos, Berarda baja precipitadamente del terrado.) Que viene gente.

BLANCA. ¡Dios mío! ¿Será mi padre?

BER. (Al Rey.) Idos, señor... estudiante. ¿Y qué estudiais?

REY. El *ars amandi.*

BLANCA. (Á Berarda.) En seguida. Hacedle salir por la puerta de la otra calle.

REY. ¿Y tan pronto he de separarme de tí? ¿Te veré mañana al menos? ¿Me amarás?

BLANCA. ¡Siempre! ¿Y vos?

REY. Toda mi vida.

BLANCA. (Tristemente.) ¡Ojalá! Pero vos me engañareis, porque

yo engaño á mi padre. Idos.

REY. ¡Hasta mañana, Blanca mia! Un abrazo.

BER. ¡Aprieta!

BLANCA. (Resistiendo dulcemente.) ¡Gualtero!

BER. Vamos. Este estudiante no estudia. Sabe, y hace más que saber, enseña. Vaya si enseña. Y aprieta que es un primor; con la lengua y con los brazos, con los brazos sobre todo. (Vanse Rey y Berarda. Blanca permanece algún tiempo de pié, y luego se va por la escalerilla que da al terrado, en el cual habrá un farol encendido por Berarda cuando en él estuvo, teniendo cuidado de traer otro en la mano cuando baje al patio. Durante el tiempo que Blanca y el Rey han tardado en despedirse, el callejón se habrá llenado de caballeros armados, que aparecen embozados en largas capas y con antifaces puestos. Oscuridad completa. Todos los caballeros sacarán linternas sordas, á cuyas luces, que descubrirán solo para esto, van reconociéndose unos á otros. Un criado trae una escalera de mano.)

ESCENA VI.

BLANCA, MAROT, MONTMORENCY, COSSÉ, LATOUR.
Embozados, y luégo RIGOLETTO.

BLANCA. (Apareciendo en el terrado.) ¡Gualtero! ¡Nombre adorado! ¡Grábate en mi corazón, junto á su imágen!

MAROT. Miradla, señores, allí está. (Señalando al terrado.)

MONT. Será alguna hermosura de estropajo. Buen regalo le vais á hacer al Rey. (Blanca en este momento se vuelve, de modo que puedan ver su cara desde el callejón.)

MAROT. ¡Que si es buen regalo! Miradla ahora, y decidme si es ó no digna de un Rey.

MONT. Hermosa es la villana.

LAT. Es un ángel; una divinidad.

MAROT. Pues bien; ese ángel es la querida de Rigoletto. La paloma, unida al repugnante murciélago. (Blanca se re-

tira del terrado; y desciende al patio, trayéndose el farol que apaga.)

LAT. Ea, no perdamos el tiempo; y puesto que hemos resuelto vengarnos de Rigoletto, y que estamos aquí ya, y provistos de la indispensable escalera, vamos á asaltar la casa y á robarle su paloma al jorobado. Después la llevaremes á palacio, y su Majestad, al levantarse mañana, se encontrará ese regalo.

COSSE. ¿Y os parece bien que acostumbremos al Rey á echarse así sobre la hacienda del prójimo? Cuidado, señores; la tempestad, una vez desatada, no tiene límites ni cáuces y nadie puede saber á dónde llega. No tendamos redes, en las cuales podamos ser envueltos.

RIG. (Aparecciendo embozado y sin distinguir, por la oscuridad, los que le rodean.) No sé por qué estoy inquieto esta noche. Mi corazón presiente una desgracia, y la imágen de mi Blanca no se aparta de mi pensamiento. La maldición de Saint-Valier resuena tenazmente en mis oidos, y temo que su maldición se cumpla. (Tropezando con Marot.) ¿Quién va?

MAROT. (Bajo y rápido á los que están á su lado.) ¡Rigole tto! ¡Aquí está Rigoletto!

COSSE. (Bajo y rápido.) ¡Matémoslo!

LAT. ¿Y si le matamos, de quién nos reiremos mañana? Es preciso que viva, y que vea su paloma convertida en garza real.

COSSE. ¿Y si nos estorba?

MAROT. Dejadme hacer, y yo lo arreglaré todo.

RIG. (Que desnudando su espada se habrá colocado junto á la pared y en actitud de defenderse, procurando ver y oir, dice, sin comprender lo que pasa.) (¿Quiénes serán estos, y qué se dirán en voz baja?)

MAROT. ¡Rigoletto! No te alarmes, hombre; soy yo, acércate á nosotros.

RIG. ¿Y quién eres tú?

MAROT. Clemente Marot.

RIG. En efecto. Ahora te reconozco por la voz; pero nada

más que por la voz; porque la noche está como boca de lobo. (Rigoletto se acerca al grupo donde están todos. Con inquietud.) ¿Qué haceis aquí?

MAROT. Venimos á robar á la mujer de Cossé, para llevarla al Rey.

RIG. ¡Me alegro!

COSSE. (Y no le rompo la cabeza.)

RIG. Las vidas y haciendas de todos los franceses son del Rey de Francia, y pues su mujer es hacienda de Cossé, es también hacienda del Rey, su señor.

COSSE. Mañana te recordaré tu dicho.

RIG. ¿Y cómo vais á hacer para robarle su esposa?

MAROT. (Ap. á Cossé.) Dadme vuestra llave. (Cossé se la da.) ¿No conoces esta llave? ¿No tocas ahí las armas de Cossé, cinceladas?

RIG. (Tocando la llave.) Sí; es verdad; toco las tres espigas... y como los jardines del palacio de Cossé dan á este callejón... (Y yo que me había sobresaltado por mi hija.) ¿Conque vais á robarle su mujer á esa bola con piés que se llama Cossé? Me alegro; me alegro mucho, y yo también quiero ser de la partida.

MAROT. No hay inconveniente; pero como todos venimos con antifáz, es preciso que tú también te pongas el tuyo.

RIG. Si me lo dais, me lo pondré.

MAROT. (Sacándolo.) Aquí hay uno. Es necesario además, que para que no conozcas á alguno de los que aquí están, te dejes vendar los ojos.

RIG. ¿Vendar los ojos? ¿Y para qué?

MAROT. Ya te lo he dicho. Ahora tú puedes aceptar ó no; pero si no aceptas, vete y déjanos libre el campo.

RIG. ¿Que me vaya? (¿Vendrán por Blanca? Si así fuera, á toda costa hubieran tratado de alejarme. (Pensativo.) Sin embargo, ¿para qué es vendarme los ojos? ¿Quién será entre ellos el que no quiere ser reconocido? Algún amigo de Cossé sin duda; el mismo Rey acaso.)

MAROT. Decídete.

RIG. (De todos modos, si hay peligro para Blanca, más vale

estar cerca que léjos de ella; son muchos, y podrían imponerme su voluntad por la fuerza.)

MAROT. ¿Qué decides?

RIG. Que me vendeis los ojos. (Marot lo hace; después le lleva de un lado á otro y le hace dar varias vueltas para desorientarle; un criado, en tanto, arrima la escalera á la tapia del cercado de la casa de Blanca.)

MAROT. Como tú no puedes saltar con facilidad, nos tendrás la escalera para que subamos. Echa una mano aquí, y sostén firme.

RIG. Subid. (Marot y Latour suben por la escalera; saltan al patio; abren la puerta que da á la calleja, por la cual sacan á Blanca que se desmaya al verse sorprendida.)

BLANCA. Socor...

MAROT. (Saliendo con Blanca.) ¡Victoria! (Se alejan todos, llevándose á Blanca.)

RIG. No oigo nada. ¿Qué es esto? ¿Me harán estar aquí toda la noche? ¿Qué hacen? Nada; no se oye nada. Corazón, ¿por qué lates con violencia? ¿Qué temes? (Con resolución.) Quiero salir de dudas. (Arráncase la máscara y le pañuelo. Á la luz de la linterna que se han dejado olvidada los cortesanos, reconoce la escena y ve la escalera puesta en la tapia y la puerta de su casa, abierta.) ¡Mi hija! ¡Ah! Blanca! Y yo tuve la escalera. Yo, su padre, ha contribuido á este crímen; yo, miserable, he dicho á esos miserables como yo...

COSSE. (Desde dentro.) ¡Las vidas y haciendas de todos los franceses pertenecen al Rey de Francia.

RIG. ¡La maldición de Saint-Valier! ¡Hija! ¡Hija mía! (Cae desmayado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Antecámara régia en el palacio del Louvre. Á la derecha del actor, puerta de la habitación del Rey. En el foro, otra puerta mayor. Á la derecha, un aparador con vagilla de oro. En la escena, mesa y sillón.

ESCENA PRIMERA.

MAROT, MONTMORENCY y COSSÉ.

MONT. Que Rigoletto sufra y se afane hasta llegar á averiguar dónde está oculta su dama, y que después se tire de los pelos, cuando sepa que ha sido sustituido realmente.

MAROT. Y tan realmente, puesto que lo ha sido por el Rey. Es una sustitución real y una real sustitución. De todos modos, no deja de tener gracia esto de que la amada de un bufón, pase á ser amada de un soberano.

MONT. ¿Y por qué no?

MAROT. El trigo que el rústico labriego siembra y cultiva en los campos, es convertido en blanco pan, manjar en la mesa de los reyes; y del mismo oro con que se engalana la sacerdotisa del placer, puede ser cincelada la diadema que adorna y ciñe la frente de la Reina de los ángeles, que adoramos en los altares. Es la ley de

la naturaleza. El fétido abono, que modificándose, llega á ser parte integrante de la flor; la flor que al marchitarse y podrirse se convierte en repugnante abono.

COSSE. Lo que conviene es que los porteros no digan á Rigoletto que nos han visto entrar con una mujer.

MAROT. Todos los ujieres de palacio tienen la orden de decirle que nada han visto si Rigoletto les pregunta, y no hay cuidado que falten á ella; porque todos le tienen el ódio suficiente para obedecernos con gusto.

MONT. Esta vez estoy seguro que nos obedecerán; pero además un criado mío, travieso como él sólo, ha trabado, por orden mía, conversación con los criados de Rigoletto, y les ha dicho que anoche vió que llevaban robada una mujer hacia el palacio de Hautefort.

COSSE. ¡Bravo! (Riendo.) El palacio de Hautefort está al otro extremo de París. Rigoletto va á volverse loco.

MAROT. Y tan loco; porque sobre lo que vos habeis hecho, yo, por mi parte, le he enviado esta mañana un billete que decia: «Rigoletto, acabo de robarte tu dama, y me »la llevo fuera de Francia.—Juan de Nivelles.»

COSSE. Indudablemente va á perder el juicio. En un solo día pagará ese maldito todas las que nos ha hecho. Silencio; el Rey se acerca.

ESCENA II.

DICHOS, REY y LATOUR.

Á su debido tiempo, y antes que Cossé lo diga, ábrese la puerta lateral y aparece el Rey, seguido de Latour, con el cual viene conversando y riendo ambos á carcajadas. Marot, Montmorency y Cossé, se colocan en fila, y se descubren cuando el Rey sale.

REY. (Señalando la puerta del foro y riendo.) ¿Y está allí?

LAT. Allí está, y no hay miedo que se vaya.

REY. Soplarle la dama á un bufón, es cosa en verdad, que hará reir.

LAT. Á los demás; no á él, seguramente, puesto que él se queda sin su dama ó sin su mujer.

REY. (¿Su mujer?) Rigoletto con mujer y con hija. No le creía yo tan padre de familia.

LAT. Sea dama ó esposa, ¿vuestra majestad quiere verla?

REY. Por supuesto. (Sale Latour, y vuelve al momento sosteniendo á Blanca, que viene cubierta con un velo. El Rey se sienta en el sillón.)

ESCENA III.

DICHOS y BLANCA.

LAT. Entrad, hermosa criatura, sin temor. Entrad, y no tembleis, que luego tendreis tiempo de temblar. Estais delante del Rey.

BLANCA. ¡El Rey! ¿Ese; ese joven es el Rey? (Corre á echarse á sus piés. El Rey, al oir la voz de Blanca, se sorprende y hace á los dos que salgan.)

ESCENA IV.

REY y BLANCA.

Blanca, así que se ve sola con el Rey, se alza sin temor el velo.

REY. ¡Blanca! ¡Blanca mía!

BLANCA. (Retrocediendo.) ¡Gualtero! ¡Gualtero el Rey! (El Rey va á cogerle la mano.) No; no os acerqueis á mí. Dejadme. ¿Pero qué es esto? ¿Estoy soñando? ¡Gualtero! Pero no; no sois Gualtero; sois el Rey. (Cayendo de rodillas.) Quien quiera que seais, tened compasión de mí.

REY. ¿Compasión de tí? ¿Y por qué? ¿Por qué, Blanca mía, si te amo? ¿Por qué, si todo lo que Gualtero te ha dicho, te lo repite con más pasión aún Francisco primero, Rey de Francia? ¿Me amarás acaso menos porque sea Rey? Si creyéndome un pobre estudiante, me diste tu corazón, ¿me lo quitarás porque la suerte me haya hecho nacer un poco más alto? (Riendo.)

Si no tengo la fortuna de ser villano, qué le hemos de hacer.

BLANCA. (Se burla de mis sentimientos, y hace befa de mi humilde clase. No me ama.)

REY. Aquí, Blanca mía, serás amada y dichosa. Aquí te esperan danzas, festines, torneos, mil placeres, en fin, que te son desconocidos y que tendrás á mi lado. Blanca, la vida es gozar, y lo demás no es vida.

BLANCA. (Aterrada y retrocediendo.) ¡Qué lenguaje tan odioso! ¡Qué diferencia tan grande la que hay entre el de ayer y el de hoy! ¿Dónde, infelíz de mí, están mis ilusiones? Dejadme; haced que yo salga de aqui cuanto antes.

REY. ¿Salir de aquí? Imposible. ¿Sabes tú lo que yo soy? ¿Sabes que la Francia entera es mia? ¿Que tengo á mis piés quince millones de súbditos? ¿Riquezas, honores, poder absoluto? Todo lo tengo yo; todo es mío, y tú, á mi lado, serás la soberana de este soberano. Yo soy el Rey, y tú, Blanca mía, tú serás la reina.

BLANCA. ¿Y vuestra esposa?

REY. Mi esposa es la Reina de Francia, no de mi corazón, que es todo tuyo. Ella es mi esposa; tú mi amante.

BLANCA. ¿Vuestra amante? ¡Qué vergüenza!

REY. Altiva eres

BLANCA. Puedo serlo. Yo no pertenezco á vos y sí á mi padre.

REY. ¡Tu padre! Rigoletto, mi bufón, me pertenece y yo puedo hacer de él cuanto me plazca.

BLANCA. ¿Todo aquí es vuestro, pues?

REY. Todo. (Con resolución, luego cambiando de tono y con galantería.) Hasta tu corazón, puesto que me amas. Ven, no llores, ven y deja que, loco de amor, seque tus lágrimas con mis lábios.

BLANCA. (Rechazándole.) ¡Jamás!

REY. (Con ternura.) Ven; aún no me has repetido que me amas.

BLANCA. Ni lo repetiré. Mi amor ha muerto.

REY. ¿Te he enojado sin querer? No llores, Blanca. Prefe-

riría morir mil veces, á hacerte derramar una sola lágrima. El hombre que hace llorar á una mujer, es un villano.

BLANCA. (Con entusiasmo.) Sois bueno y sois noble. Esto no ha sido más que una broma, ¿no es cierto? Vois sois el Rey, y no quereis, ni debeis retenerme prisionera. Yo tengo mi padre; mi pobre padre, que desesperado llorará por mí y me buscará por todas partes. Mandad que me vuelvan junto á él; que me lleven á mi casa. Yo vivo junto al palacio de Cossé; pero harto lo sabeis vos, que habeis estado allí; que de allí me habeis sacado. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo he perdido el juicio; yo estoy loca! (Llorando.) Yo os amaba anoche, y ahora... ahora sois el Rey y os tengo miedo.

REY. (Procurando abrazarla.) ¿Miedo? ¿Por qué? Yo te amo; yo te amaré siempre. Ven á mis brazos, y sé en mi corte la alegría de mi corazón y la envidia de las más altas damas de mi reino.

BLANCA. (Rechazando al Rey, que de nuevo quiere abrazarla.) No; dejadme.

REY. (Insistiendo.) ¡Blanca!

BLANCA. Dejadme os digo. ¡Ah! esa puerta. (Viendo la de la habitación del Rey, que estará abierta.) Allí, allí está mi salvación. (Entra precipitadamente por la puerta de la derecha del actor, cerrándola tras sí con violencia.)

REY. (Sacando una llavecita de oro de su cinturón.) ¡Inocente! La llave de esa puerta la tengo yo. Ante un Rey, todas las puertas se abren; todos los obstáculos ceden. (Abre la puerta y entra por ella, volviéndola á cerrar.)

ESCENA V.

En el momento en que el REY desaparece, LATOUR asoma á la puerta del foro, y después de enterarse de lo que en escena pasa, llama á MONTMORENCY y COSSÉ, luego RIGOLETTO.

LAT. Se ha escapado por las habitaciones interiores; pero

el balcón persigue de cerca la paloma. ¡Eh, Conde, venid, que vengan todos!

COSSE. (Saliendo.) ¿Qué hay? ¿Habeis visto?...

LAT. La he visto huir por aquellas habitaciones, y he visto también que el Rey la sigue.

MONT. (Riendo.) Rigoletto está de enhorabuena.

COSSE. ¡Chis t! Aquí viene. En nombrando al ruin de Roma...

LAT. El ruin asoma. Y la verdad es que Rigoletto no puede ser más ruin.

COSSE. De esta hecha va á haber, señores, algo que va á ser aún más ruin que Rigoletto.

LAT. ¿Qué?

COSSE. Su suerte. Aquí está ya. Disimulemos. (Rigoletto, excesivamente pálido, pero con el mismo traje y aspecto indiferente de bufón, aparece por el foro.)

RIG. (Preocupado.) (¿Dónde estará?) (Examinando las caras de todos.) Estos han sido, no hay duda.

COSSE. (Tocando en el hombro á Rigoletto y riendo.) Eh, bufón, ¿qué hay de nuevo?

RIG. Lo que hay de nuevo no es seguramente vuestra persona; porque vos no teneis nada de nuevo. Lo nuevo en vos sería el talento, si existiera. (Rigoletto, mientras habla con los cortesanos, no cesa de mirar, de examinar, de escudriñar por todas partes; pues si bien sus miradas tan sólo indican un estado de zozobra, cuando cree ser visto; algunas veces, cuando le parece que no es observado, su inquietud se manifiesta claramente, bien moviendo los muebles, bien levantando los picaportes de las puertas á ver si están cerradas. Á pesar de su violenta situación, habla con todos en tono bufón, debiendo ser sus transiciones de lo melancólico á lo burlesco sumamente bruscas y extremadas. Latour, Montmorency y Cossé se hacen señas entre sí, y se burlan de Rigoletto con disimulo.)

RIG. (¿Dónde estará? ¿Dónde la habrán escondido? Yo lo sabré sin preguntarlo. Si se lo pregunto, van á reirse de mí.) (Dirigiéndose á Latour con tono festivo.) Me alegro en el alma que la noche pasada no hayais cogido un catarro.

LAT. ¿La noche pasada?

RIG. Es claro, hombre, es claro. (Con tono de inteligencia.) Y á la verdad que la expedición fué chistosa.

LAT. ¿Qué expedición?

RIG. La de anoche.

LAT. ¿Anoche? Así que dieron las nueve me acosté, y no me he levantado hasta hace poco, para venir á palacio.

RIG. ¿De modo que no salisteis anoche? Entonces lo he soñado yo. (Ve un pañuelo en una mesa y lo examina rápidamente.) (¿Será?...)

COSSE. Mirad, mirad cómo examina la marca de mi pañuelo.

RIG. (Después de examinarlo y dejando caer el pañuelo con enojo.) No es de ella. ¿Dónde estará? (Latour, Cossé y Montmorency ríen á carcajadas, viendo el afán con que Rigoletto busca por todas partes huellas de Blanca.)

LAT. Busca, busca.

RIG. (Viéndoles reir.) ¿De qué os reís?

LAT. Monsieur Cossé, que nos está haciendo reir.

RIG. No me extraña. Monsieur Cossé es muy capaz de hacer que todos os riais... de él.

COSSE. ¡Insolente!

RIG. (Á Latour.) ¿Se ha levantado ya el Rey?

LAT. Todavía no.

RIG. Pues á mí me parece que oigo ruido en sus habitaciones. Voy á ver. (Va á acercarse á la puerta y Latour se interpone.)

LAT. ¡Eh! ¡Alto ahí! El Rey duerme todavía, y no es cosa de que tú vayas á despertarlo.

RIG. (Ahí, ahí en el cuarto del Rey está mi Blanca.)

COSSE. Rigoletto se ha vuelto loco. ¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?

RIG. ¿Que me he vuelto loco? ¿Que qué tengo? Bien lo sabeis, y es inútil que os hagais los desentendidos. La mujer que todos vosotros; sí, todos vosotros robasteis anoche de mi casa, está ahí, ahí, en las habitaciones del Rey, y voy á recobrarla ahora.

COSSE. (Riendo.) Señores, Rigoletto ha perdido la razón, y piensa que el manto régio puede adornarse con harapos desechados por él. Quiere encontrar en las habitaciones del Rey á su querida.

RIG. (Con indignación.) ¡Mi querida! ¡Miserables! Vivis en el lodazal, y todo lo creeis lodo. No; mi querida no; lo que yo pido, lo que yo quiero recobrar y recobraré, es mi hija. ¡La hija de mi alma!

TODOS. ¡Su hija!

RIG. ¡Sí; mi hija! ¿Callais? ¿Os sorprende que este ridículo bufón sea padre? ¿Pues qué, los lobos y los grandes señores, no tienen también hijos? Acabemos, pues. Basta de burlas ya; quiero mi hija; os digo que la quiero, y voy ahora mismo á recobrarla. (Abalanzándose furioso á la puerta de la cámara real. Montmorency, Cossé y Latour lo detienen y repelen.)

LAT. ¡No se pasa! ¡Atrás!

RIG. ¡Miserables! Dejadme, dejadme penetrar en esa habitación. Dejadme que vele por mi honra. ¡Bien es verdad que vosotros, que comerciais con vuestras esposas y vuestras hijas, vendiéndolas á un Rey corrompido, á cambio de honores ó riquezas, no comprendeis ni lo que la honra es, ni lo que la honra vale! ¿Y qué habeis de comprender vosotros? ¡Vosotros, los que diciéndoos descendientes del gran Carlo-Magno el uno, del Duque de Milán el otro, y llevando todos los apellidos más ilustres de Francia, habeis ido en cuadrilla, de noche, y como verdaderos bandidos que sois á robarle su hija á un desgraciado! ¡Vosotros, ni sabeis lo que es honor, ni habeis nacido nobles! ¡Aun degenerando las especies todas, la robusta encina, no produce nunca raquíticos espinos! ¡De las nobles estirpes de Carlo-Magno; del gran Duque de Milán; de los ilustres Montmorency, no pueden descender corazones tan miserables y villanos; no, vosotros no descendeis de ellos, y los apellidos que ostentais, son debidos al adulterio; porque vuestras madres se prostituyeron con sus

lacayos!

MONT. ¡Deslenguado!

RIG. ¿Veis esta mano; esta mano inerme, flaca, sin fuerzas? Pues aún tiene uñas con que atarazaros, marcando vuestra infamia en vuestros rostros. Abrid esa puerta, pues. Harto habeis tardado ya. (Arrójase nuevamente con furia á la puerta, que defienden Latour, Cossé y Montmorency, y rechazado por ellos, viene á caer al proscenio jadeante.) ¡Todos contra mí! (Llorando y suplicando.) ¡Tened lástima del pobre bufón! ¡Por lo que os he hecho reir! ¡Por mi propia debilidad! ¡Compadecedme y volvedme mi hija idolatrada! (Todos callan. Rigoletto se levanta desesperado y grita furioso.) ¡No teneis corazón! ¡Os gozais en el dolor de un padre deshonrado, y os recrea ver á un infeliz mesándose los cabellos y vertiendo amargas lágrimas! ¡Sois dignos hijos de vuestras infames madres! (En este momento la puerta de la cámara real es abierta bruscamente, y Blanca, ciega y desalentada, sale precipitada por ella, viniendo á caer en los brazos de su padre.)

ESCENA VII.

DICHOS y BLANCA.

BLANCA. ¡Padre mío!

RIG. ¡Hija! ¡Hija de mi alma! (Sollozando y riendo á un tiempo.) ¡Es ella; es mi hija! ¡Ah, señores! ¿Veis? Es mi tesoro, mi universo, mi felicidad. ¡Blanca, Blanca mia! No llores; no temas ya nada. Se han compadecido de mí y te vuelven á mis brazos. Son buenos. Estás á mi lado ya, y lo he olvidado todo. Ante la felicidad el odio desaparece. Ya no odio: amo; te amo á tí; pero... ¿por qué lloras?

BLANCA. (Cubriéndose la cara con las manos y con voz apenas perceptible.) ¡Qué desgraciados somos!... ¡Qué vergüenza!

RIG. ¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¡Habla!

BLANCA. (Ocultando la cara en el pecho de su padre.) ¡Delante de ellos! ¡Oh, no! ¡Á vos, á vos solo!

RIG. (Volviéndose con temblor convulsivo hacia la puerta del cuarto del Rey, al cual amenaza con el puño cerrado.) ¡Infame! ¡Que Dios te lo tome en cuenta! (Á los cortesanos, sin gritar y dominándolos con el tono y con la mirada.) Salid de aquí; salid, y si ese envilecido tirano que reina sobre vosotros, quiere penetrar en esta sala, decidle que no entre; que estoy yo aquí; un padre, viendo llorar á su hija deshonrada. ¡Fuera! (Montmorency, Cossé y Latour, como subyugados por el acento solemne de Rigoletto, se retiran en silencio y cabizbajos. Rigoletto se sienta en el sillón del Rey, y atrae á sí á Blanca.)

ESCENA VIII.

BLANCA y RIGOLETTO.

RIG. Ahora, habla.

BLANCA. (Interrumpiéndose unas veces por vergüenza, y otras por sollozos.) ¡Padre!... ¡Padre mío!... Perdonadme. Fuí robada anoche; estaba yo en el jardín, cuando fuí arrebatada de repente. Perdí el sentido, y fuí traida aquí no sé por quién... no sé cómo.

RIG. Fuiste robada por mandato del Rey.

BLANCA. No lo sé. Yo amaba al Rey sin saber que lo era; le creía un pobre estudiante. ¡Perdón, perdón, padre mío! La primera culpa fué mía. Él me seguía hace mucho tiempo, y yo debía habéroslo contado. (Pausa.)

RIG. (Limpiando los ojos á Blanca y con cariño.) Sigue.

BLANCA. Aunque nunca me hablaba, todos los domingos me seguía al salir de misa, y todos los días al anochecer rondaba por delante de nuestra casa, viéndole yo desde el terrado. Anoche, al salir vos, se introdujo en el jardin yo no sé cómo; allí me habló de amor; allí me dijo que se llamaba Gualtero Mahiet y que era un pobre estudiante. Después sentimos ruido; él salió y yo al poco tiempo fuí arrebatada de mi casa.

RIG. ¡Infame!

BLANCA. Esta mañana, hace poco, fuí conducida á esta misma habitación, y aquí, sentado donde estais vos, se hallaba el Rey; le reconocí; era el Gualtero que yo amaba, á pesar de lo cual, yo le rechacé cuando me habló de su pasión. Huyendo de él, corrí á esa habitación y penetré por esa puerta. Después... después...

RIG. (Interrumpiéndola.) Calla. Quiero ahorrarte el dolor y la vergüenza de confesármelo todo. (Conozco al Rey. Lo infecto, infecta; lo impuro, impurifica; y ese miserable la ha hundido en el oprobio.) Blanca; Blanca mía; bálsamo de mis dolores; único consuelo de este sér deforme y maldecido; luz purísima y suave donde yo reposaba mis ojos, fatigados de contemplar en todas partes vicio, libertinaje, iniquidad y podredumbre; llora, hija mía, llora. Oculta tu frente y vierte tus lágrimas de dolor en el amante seno de tu padre. Llora, y que tu llanto aumente mi desesperación y sea acicate y estímulo á mi venganza. (Con furor.) ¡Rey de Francia; maldición sobre tí y tus descendientes! ¡Quiera Dios, que ve tus vicios y tus crímenes, dejarte caer en la tumba, y que tu alma arda eternamente en los infiernos!

BLANCA. (Horrorizada y con una expresión infinita de amor.) ¡Oh; no, no lo escucheis, Dios mío, no lo escucheis! ¡Le amaba, le amo todavía! (En el fondo aparece Saint-Valier, conducido preso entre soldados. Latour va al frente de ellos.)

ESCENA IX.

BLANCA, RIGOLETTO, SAINT-VALIER, MONTMORENCY, LATOUR y SOLDADOS.

LAT. Montmorency, de orden del Rey, conducid á Saint-Valier á la Bastilla.

SAINT. (Al pasar por delante de la puerta de la habitación del Rey, conducido por los soldados, se detiene y dice con profunda desesperación.) ¡Dios! ¿Dónde estás? ¿Dónde está tu justi-

cia, si la maldición de un padre ofendido no ha encontrado ni un rayo en el cielo, ni un brazo vengador en la tierra?

RIG. Os engañais, conde de Saint-Valier; os engañais. ¡Dios castigará al réprobo; Dios hundirá en el polvo la soberbia del tirano, y el débil; el miserable bufón, será el instrumento de la justicia divina!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Inmediaciones del Sena, extramuros del antiguo París. Á la derecha del actor, y hasta la mitad del escenario, casa corpórea de aspecto miserable. En el frente de esta casa, que dá á la escena, puerta de entrada y salida, que se abre hacia dentro, y sobre ella muestra de hospedería; á los dos lados de la puerta, dos especies de claraboyas con rejas de hierro; en el frente de la casa que da al público, una grau ventana, que debe ser lo mayor posible, á fin de que el público pueda ver todo cuanto pase en el interior de la casa. Tocando á ésta, y atravesando el escenario, un parapeto, detrás del cual figura deslizarse el Sena, y todo lo más lejos posible se ve el antiguo París; á la izquierda del actor, y hasta tropezar con el parapeto, árboles ó casas. Es completamente de noche. Al levantarse el telón, aparece Saltabadil dentro de la hospedería y sentado junto á una mesa bebiendo, y al par limpiando su espada y su puñal. En la escena, que estará completamente á oscuras, no debe verse otra luz que la que brille dentro de la hospedería, y que deberá ser un candil inmenso, ó cuando más un velón de cuatro ó cinco mecheros. En el interior deben verse algunas mesas, sillas y bancos, todo muy tosco.

ESCENA PRIMERA.

SALTABADIL.

Los médicos cuidan siempre de tener bien limpias sus lancetas. ¡Limpiaré yo las mías, con tanta

más razón, cuanto que, Dios mediante, esta noche tendré que sangrar á ese capitán que anda rondando á Magdalena. El amor no pasa de ser una calentura, y contra los hervores de la sangre, no hay remedio mejor que una sangría. El contrahecho me ha ofrecido por la vida de ese capitán cincuenta escudos de oro... No vale tanto ese mozo. Por Jesús, según cuentan, recibió el Iscariote treinta monedas de plata; y si esto es verdad, este mozo no vale treinta monedas de cobre. ¡Cá, ni una! Pretencioso, borracho, disoluto; creo que le hago un favor á la humanidad, quitando á ese hombre de enmedio. ¿Vendrá ó no vendrá esta noche? Siento pasos. ¿Será él?

ESCENA II.

SALTABADIL y REY, que sale por la izquierda y cruzando el teatro, llama á la puerta de la hospedería.

REY. Magdalena me esperará ya, y no quiero que se desespere esperando. Incitante y hermosa y agraciada es la gitanilla, por vida mía. El día que Rigoletto me llevó á verla, me hizo suyo y creí que tan rara beldad debía habitar en un palacio... y en un palacio habita... (Con ironía.) En el de la miseria. ¡Qué importa! la perla tiene por habitación una tosca y miserable concha. Busquemos, pues, la perla, sin cuidarnos de su envoltura. ¡Há de casa!

SALT. (Interrumpiendo su faena.) ¿Quién?

REY. Un amigo. ¡Abre, voto al demonio! (Abre la puerta Saltabadil y entra.)

SALT. Dios os guarde.

REY. De tí.

SALT. Estimando. ¿Qué deseais?

REY. Dos cosas; pero al momento. Tu hermana y una botella. (Saltabadil trae una botella y un vaso, que pone encima de la mesa que está junto á la ventana. Después dá con el pomo de su espada dos golpes en el suelo.)

REY. ¿Qué haces?

SALT. Llamo á mi hermana Es mi manera de llamar y de entenderme con las mujeres. Con un par de golpes dados á tiempo, siempre las he tenido dóciles y blandas. Ved en prueba de ello á Magdalena. (Señalando el escotillón, por donde sale Magdalena.)

REY. ¡Hermosa aparición! ¡Luzbel, el ángel caido, saliendo del fondo del Averno!

ESCENA III.

DICHOS, MAGDALENA por el interior de la cueva. Fuera de ella y por la izquierda del actor. BLANCA vestida de hombre y embozada en una larga capa, y RIGOLETTO, igualmente embozado.

REY. (Dando la mano á Magdalena con galantería.) Ven, y que mis brazos sean el pasamanos que te sostenga.

MAG. No necesito pasamanos. Vuestros brazos, lejos de prestarme apoyo y de darme seguridad, me harían caer...

REY. En ellos. Pero cayendo así, ¿qué podías tú temer?

MAG. Todo. Pareceis muy valiente y muy atrevido, y hay que temerlo siempre todo de los que á todo se atreven.

REY. Pues atrevido y todo como soy, apenas si me atrevo á mirarte frente á frente, que no hay vista humana que pueda resistir la luz del sol.

MAG. ¿Y yo soy sol?

REY. Hermosísimo. Acércate, y beberemos juntos. (Ofreciéndole su vaso. El Rey y Magdalena beben en el mismo vaso, bromean y charlan, mientras hablan fuera Blanca y Rigoletto. Saltabadil sigue impertérrito limpiando su espada y su puñal.)

RIG. ¿Y le amas todavía?

BLANCA. Más que nunca; y sin embargo, mi razón me dice que ese hombre solo merece desprecio.

RIG. Y tu razón te dice la verdad. Injusta conmigo, en vez de dar crédito á mis palabras, quieres convencerte

por tí misma de que has sido una víctima más de su desenfrenado libertinaje; pues bien, por doloroso que te sea, mira y juzga. Ahí dentro; dentro de esa fétida taberna, tienes al hombre que adoras; dentro de ese miserable tugurio. Francisco primero, Rey por la gracia de Dios, arriesga su vida, garantía de la paz de sus pueblos, por una despreciable aventurera, y pide al vino que le escancia una Hébe de taberna, inspiración y consejo para gobernar sus reinos. Si los Reyes reinan por la gracia de Dios, la gracia que Dios hace á reyes como ese, labra la desgracia de los pueblos. ¡Mira! (Blanca mira por una de las claraboyas que hay á los lados de la puerta.)

REY. ¡Qué hermosa eres! (Va á abrazarla.)

MAG. Quietecito. Yo, señor capitán, me llamo... manos quietas.

REY. Arisca y huraña eres. ¡Te amo, te adoro y á nadie amo en el mundo más que á tí!

MAG. Y á otras veinte más. Teneis aire de libertino.

REY. No lo creas, y haz que se vaya tu hermano.

MAG. ¿Yo?

REY. (Ese pícaro me estorba y voy á hacerle salir.) ¡Eh, tú, camarada! Ese acero se pondrá más brillante limpiándolo al aire libre. Mira á ver si el Sena se ha salido de su cáuce.

SALT. (Salte, salte tú del tuyo y desbórdate, porque estás al borde de la tumba. El jorobado debe esperarme ya.) (Rigoletto, que habrá estado mirando por una de las claraboyas, arrancando á Blanca de la otra, por la cual mira con avidéz, le dice rápidamente al ver que Saltabadil va á salir.)

RIG. Quítate de ahí, y retírate donde ese hombre no te vea. Ven; después volverás. (Rigoletto se va por la izquierda del actor con Blanca, volviendo al momento solo. Durante todo el diálogo de Rigoletto y Saltabadil fuera, el Rey y Magdalena, dentro de la casa, hablan, ríen y beben, viéndose que el Rey tiene ya á Magdalena cogida por la cintura.)

ESCENA IV.

RIGOLETTO y SALTABADIL fuera, MAGDALENA y REY dentro.

RIG. (A Saltabadil, que sale.) ¡Chist! ¡Amigo!

SALT. ¿Quién va?

RIG. Uno que os espera, y al cual esperais vos. ¿Ese hombre?...

SALT. Á las doce en punto os entregaré aquí mismo su cadáver.

RIG. Trato hecho, y tomad veinticinco escudos á cuenta.

SALT. Corriente.

RIG. Volveré, pues, á esa hora.

SALT. Si no quereis incomodaros, yo sólo basto para arrojar un muerto al Sena.

RIG. No; quiero arrojarlo por mí mismo.

SALT. Menos trabajo. Se acerca la tormenta, y esto nos favorece; muy pronto, nadie se atreverá á pasar por estos sitios. Una palabra. Quisiera saber cómo se llama ese hombre.

RIG. ¿Quieres saber cómo se llama ese hombre? ¿Quieres saber también cómo me llamo yo? Pues sábelo. Ese hombre se llama... crímen; yo... castigo. Hasta las doce.

SALT. Hasta las doce. (Rigoletto se dirige á la derecha.) Daré una vuelta por si alguna ronda vigila impertinente. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

MAGDALENA, REY, BLANCA y RIGOLETTO.

RIG. (Después que desaparece Saltabadil, se acerca á los bastidores de la izquierda, y desde ellos llama á Blanca.) ¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA. (Saliendo.) ¿Qué habeis hablado con ese hombre?

RIG. Asuntos míos. Escúchame, Blanca; ¿estás dispuesta a obedecerme?

BLANCA. ¡Padre mío!

RIG. ¿Dudas?

BLANCA. No dudo. Sé que ese hombre no me ama, pero...

RIG. ¡Miserable corazón humano! Aún tu amor te arrastra hacia ese libertino. ¡Oh! ¡Yo que le aborrezco; yo, cuya sed de venganza no se satisfaría ni con todos los horrores que sueña mi pensamiento, necesito que tú le odies también! ¡Mira, mira! (Acerca á Blanca á la claraboya, y la hace mirar por ella.)

REY. No te enfades, hermosa Magdalena, y accede enamorada á mis amantes súplicas.

MAG. (Rechazando al Rey, que quiere besarla.) ¡Estaos quieto!.

REY. ¡Qué mano tan linda tienes! Con más gusto recibiera de ésta un bofetón, que caricias de otras. ¡Déjame que la bese!

MAG. Y vuelta á lo mismo; no teneis afán más que por besar. Se conoce que vuestro amor no está más que en los labios.

REY. Está en ellos, porque hasta ellos sube, desde el corazón que te idolatra. ¡Quiero besar tu mano, y vive Dios que he de besarla!

MAG. (Rechazándole un si es no es brusca.) ¡Estais borracho!

REY. ¡De amor!

MAG. Esta mano la besará únicamente su dueño... cuando lo tenga.

REY. Le tendrá, y yo seré ese dueño. Me casaré contigo.

MAG. (Riendo.) ¿Me dais vuestra palabra?

REY. No una, sino cien mil palabras te estoy dando. No miento, al darte, hermosa mía, palabra de *casamiento*. (Blanca, pálida y trémula, se retira de la claraboya, y dirigiéndose á Rigoletto, dice con voz apenas perceptible, pero con gran desesperación.)

BLANCA. ¡Villano! ¡Infame! La engaña como á mí me engañaba. ¡Ese hombre es un mónstruo, sin corazón y sin al-

ma! ¡Ese hombre es en sus pasiones, fuego devorador que destruye cuanto alcanza, dejando en pos de si frías cenizas! ¡Miserable! ¡Decir á esa mujer, á esa aventurera sin pudor, lo mismo que á mí me ha dicho!

RIG. ¿Estás ya desengañada? ¿Consientes en dejar á París?

BLANCA. ¡Oh, sí; ahora mismo! ¡Estoy dispuesta á partir. Vamos.

RIG. Vamos. Nuestro fiel criado espera ya con los caballos ensillados. Mañana al caer la tarde, me reuniré yo con vosotros. Vamos.

BLANCA. ¡No, padre mío, no, salid conmigo de París! ¡Dejad esta corte corrompida y ese Rey tirano; y no me abandoneis ni un solo instante! Mi alma necesita otra alma que llore con ella; que responda, compadecida, al grito de sus sufrimientos.

RIG. Hoy no puedo acompañarte. Vamos, y por Dios, no dejes ese disfráz hasta que yo me reuna contigo.

BLANCA. (¡Dejarlo aquí! ¡Dejarlo en los brazos de esa mujer!)

RIG. Marchemos. (Rey! ¡Rey de Francia! ¡Ay de tí cuando mi Blanca esté en salvo!) (Rigoletto y Blanca se alejan por la izquierda del actor. Cuando ambos han desaparecido, apareec Saltabadíl por detrás del parapeto, llegando hasta la casa; abre á su debido tiempo la puerta y penetra en el interior volviendo á cerrar.)

ESCENA VI.

MAGDALENA, REY y SALTABADÍL.

Comienza ya la tempestad, con algunos relámpagos y truenos muy lejanos.

SALT. (Señalando al cielo.) Rugiente la tempestad de allá arriba, produce el rayo que mata. Rugientes las pasiones aquí abajo, producen también la muerte. Entre

el rayo, pues, y mi puñal, hay cierto parecido, puesto que el rayo es anuncio de la cólera de Dios, y mi puñal de la de los hombres. Mirándolo bien, la industria que ejerzo, lejos de ser execrable, es altamente provechosa para la sociedad; porque si bien es verdad que mato como el rayo, purifico como él la atmósfera viciada, limpiándola de libertinos y perversos. Decididamente yo soy un hombre de bien, que al despachar cierta clase de gente á los infiernos, no hago más que anticipar á Satanás la posesión de lo que es suyo. Entremos á ver qué hace ese moribundo que agoniza ahí dentro, ébrio por el licor y la lascivia.

REY. ¡Magdalena, por qué has de abrigar en ese cuerpo tan lindo un corazón tan despiadado! ¡Ten siquiera caridad!

MAG. Por la caridad entra la peste.

REY. Mala peste para tu desden. Ven á mi lado.

MAG. ¡Mi hermano! (Señalando á Saltabadil que entra y cierra tras sí la puerta. Se oye un trueno lejano.) Estáos quieto, y quién sabe si llegaré á daros mi corazón. Lo que no siento ahora, puedo sentirlo más tarde. ¡Disimulad!

SALT. (Con intención.) Va á caer un aguacero... La noche se pone cada vez peor, y el cielo está cada momento más sombrío.

REY. No importa! aquí no nos mojaremos! que llueva cuanto quiera. Á propósito. enciende fuego. (Á Saltabadil.)

SALT. El hogar está allá dentro, y si gustais...

MAG. (Bajo al Rey.) ¡Marcháos!

REY. Con el tiempe que hace y amenazando tormenta... ¡Vive Dios, que eres poco hospitalaria! No tengo ni padre, ni madre, ni mujer, ni hijos que me esperen; y puesto que aquí me encuentro bien, aquí me quedo! Á ver, tú, goleote, guía allá dentro y llévame algunos fiambres y un par de botellas de lo añejo!

SALT. (Con alegría.) Volando.

MAG. (Que ha encendido una lámpara, acercándose al Rey en voz baja.) Idos y volved mañana. Yo premiaré vuestra obe-

diencia cuando volvais.

REY. (Bajo y rápido.) ¿Y para qué irme? Premia mi amor esta noche.

SALT. (Rápido á Magdalena, y mientras el Rey deja su capa y su espada sobre una silla.) Calla y haz cuanto puedas por detenerlo. Mira; veinticinco escudos de oro y luego, á las doce, otros veinticinco. (Tomando la lámpara de manos de su hermana y dirigiéndose al Rey.) Cuando gusteis.

REY. Vamos. (Desaparecen en el interior de la casa. Magdalena queda doblando la capa.)

MAG. ¡Vale mucho más de cincuenta escudos; es tan galán: tan enamorado!... ¡No, no morirá á manos de mi hermano! (Desaparece en el interior de la casa, llevándose la luz y dejando completamente á oscuras la escena.)

ESCENA VII.

La escena queda sola durante algunos momentos. El viento brama, y de vez en cuando se ven algunos relámpagos y se escuchan algunos truenos, Blanca aparece por la izquierda del actor.

BLANCA. No; no partiré. Sin él; sin su amor; que era mi felicidad, ¿para qué quiero la vida? Para nada. Estoy resuelta á morir; me engaña y quiero ser para él un remordimiento eterno; quiero sorprenderlo en los brazos de esa mujer; gozarme en su confusión; humillarlo delante de ella, y después desgarrar sin piedad, con mis propias manos, este corazón que es suyo. Este disfraz me favorece para penetrar en esa casa. Llamaré, todavía hay luz; veamos antes. (Blanca mira por una de las claraboyas de la puerta. En el interior de la casa aparecen Magdalena y Saltabadil.)

ESCENA VIII.

BLANCA, MAGDALENA y SALTABADIL.

SALT. (Disputando con Magdalena.) Menos réplicas, porque después de todo, son inútiles.

MAG. ¿Pero no es un dolor? Tan galán; tan jóven; tan apuesto...

SALT. ¿Acaso tú te has enamorado de ese hombre?

MAG. No tengo que darte cuenta de mis actos; cómplice tuya, y por tí infamemente explotada muchas veces, ha llegado la ocasión de que yo manifieste mi voluntad y deje de ser blanda cera entre tus manos; hasta hoy mi hermosura y mis gracias te ayudaron y enriquecieron; hoy ó tu voluntad cede á la mía, ó pierdes para siempre la mina que explotabas. ¡Exijo que no le mates, y no le matarás!

BLANCA. ¿Á quién? ¿Á quién quieren m at r esos infames?

SALT. Es inútil que resistas; morirá á mis manos, y con una buena piedra atada á los piés, irá al río, Dios mediante.

MAG. ¿Pero te ha hecho algo?

SALT. Á mí no.

MAG. Y vas á matar á un buen mozo, jóven y apuesto, por dar gusto á un maldito jorobado.

SALT. Si el jorobado me paga por matar al buen mozo, claro es que le mataré, como mataría al contrahecho si el buen mozo me lo pagara.

BLANCA. ¡Mi padre! ¡Mi padre matar al Rey.

MAG. Escucha. Cuando vuelva á darte los veinticinco escudos, le matas á él en vez de matar á mi capitán.

SALT. ¡Á un parroquiano! ¡Imposible! Es preciso ejercer de buena fé el oficio. Quien me paga es el que está fuera, y el que está dentro es el que va á pagarlas todas juntas.

BLANCA. (Retirándose de la claraboya, por donde mira.) ¡No, no; yo le salvaré!

SALT. (Sacando su puñal.) Ya está medio borracho; entro y... ¡Ea, quítate de enmedio!

MAG. (Poniéndose delante de Saltabadil.) ¡No pasas! ¡He dicho que no, y no consiento yo que ese hombre muera!

SALT. (Con enojo.) ¡Magdalena!

BLANCA. Pediré socorro; gritaré... pero si grito todo se descu-

brirá, y estos denunciarán á mi padre. ¡Valor! Llamaré, y acaso mi presencia baste á evitar su muerte; si no, moriré con él.

SALT. ¡Quita de enmedio te digo! ¡Tú quieres arruinarme con tus caprichos!

MAG. Nunca me he opuesto á tus mandatos; pero esta vez, si te empeñas en matarlo, llamo para atraer los guardias del Preboste.

SALT. (Iracundo.) ¡Magdalena! (Transición. Se oyen dos aldabonazos que da Blanca.) Han llamado.

MAG. Sí. Escúchame un momento. Como, indudablemente, el que llama viene á pedir hospedaje; á tí qué más te da; le limpias los bolsillos y haces con él lo que pensabas hacer con el capitán. Hombre por hombre, lo mismo dá uno que otro; la noche es oscura; el jorobado no ha de entretenerse en mirar la cara al muerto; y tú, además, puedes meterle prisa cuando lo arrojeis al río.

SALT. Pero eso es un engaño.

MAG. Pues escoge: ó el que llama ó ninguno.

BLANCA. (Volviendo á llamar.) ¡No responden! ¡Há de casa!

SALT. Veamos quién llama. ¡Quién!

BLANCA. Un viajero que pide hospedaje.

MAG. ¿Has oido, un viajero? Decide, pues.

SALT. Decidido. El que llama.

MAG. Voy á entretener al otro.

SALT. Aguarda, y á lo menos cierra antes la ventana. (Magdalena corre á cerrar la ventana, dando tiempo para que el público vea que Saltabadil se coloca detrás de la puerta con el puñal levantado.)

MAG. (Cerrando la ventana.) ¡Se ha salvado el capitán! ¡Gracias, Dios mío!

BLANCA. ¡Abrid! ¡Abrid aquí pronto! (Ábrese la puerta, que vuelve á cerrarse rápidamente apenas ha entrado Blanca. En el momento de entrar ésta, la tempestad se desencadena; vibra un relámpago, y entre al fragor del trueno se escucha un grito de muerte.)

BLANCA. ¡Ay!

ESCENA IX.

RIGOLETTO solo.

¿Qué es eso? Me ha parecido escuchar un grito de agonía. ¿Habré oido mal? ¿Burlador mi deseo, me habrá fingido ese grito? No. ¡He oido bien! ¡He oido el grito de dolor que ha lanzado el miserable al sentir que el puñal rasgaba su corazón villano! ¡Qué noche! Una tempestad en el cielo; aquí, en la tierra otra! La cólera de Dios respondiendo á la mía en el espacio, y un Rey, el más poderoso de la tierra, muerto á manos de un asesino vulgar, y arrojado al Sena como un perro! Cuando mañana Europa entera se conmueva con la noticia de la muerte del Rey de Francia; cuando Cárlos V, libre del rival que era dique á su ambición, domine el mundo; y los imperios cambien y la tierra entera se agite y se trastorne, nadie podrá creer que la venganza de un bufón; de un miserable bufón raquítico y contrahecho, perturba y conmueve al mundo. ¡Oh, goza, goza, corazón! ¡Al impulso de este deforme sér va á cambiar la faz de las naciones! Mi voluntad; mi sola voluntad precipita al mundo en un cáos! (Entre el fragor de la tempestad, suenan á lo lejos las doce.) ¡Las doce! (Acércase á la casa y llama misteriosamente con el pomo del puñal.)

SALT. (Dentro.) ¿Quién?

RIG. Abrid.

SALT. Voy. (Aparece, trayendo á cuestas y envuelta en la capa que habrá sacado el Rey, el cadáver de Blanca. En la escena debe haber una oscuridad completa.)

ESCENA X.

RIGOLETTO y SALTABADÍL.

SALT. No entreis y ayudadme; porque esto pesa mucho...

RIG. (Interrumpiéndole.) Como mi crímen; pero menos que mi odio.

SALT. Aquí teneis á vuestro hombre bien envuelto y cosido en su propia capa.

RIG. ¡Sí! ¡Aquí está! ¡Está á mis piés y está muerto! ¡Quiero verlo! ¡Quiero deleitarme en mi obra! ¡Saborear con delicia mi venganza! ¡Una luz!

SALT. ¿Una luz? ¿Pero estais loco? ¿Quereis que seamos descubiertos? Vaya, echemos pronto al río á vuestro hombre y venga antes el dinero.

RIG. Toma. (Dándole un bolsillo.)

SALT. Está bien. Ahora os ayudaré á echarlo al Sena.

RIG. ¡No! ¡Yo solo basto! ¡Vete!

SALT. Entre los dos lo haríamos más pronto.

RIG. ¡No, quiero estar solo! ¡Vete!

SALT. Menos trabajo. (Allá se las componga como pueda.) (Entra en la casa.)

ESCENA XI.

RIGOLETTO solo.

Á su debido tiempo aparecen en la puerta de la casa y hablan un momento el Rey y Magdalena.

¡Aquí, aquí está! ¡Muerto y tirado entre el lodo! Si pudiera verlo... ¡Maldita oscuridad! (Dirigiéndose al cielo.) ¡Un relámpago! ¡Un relámpago para poder contemplarlo! (Tentando el cadáver.) ¡Es él! ¡Es él! ¡Tiento sus botas y reconozco al tacto sus espuelas! (Levantándose y poniendo un pié sobre el cadáver.) ¡Qué gozo! ¡Yo; un miserable bufón, puso mi pié sobre el cadáver del Rey más poderoso de la tierra, y ese Rey está aquí, bajo mis piés; semi-envuelto por el lodo sin más mortaja que su capa, ni otro sepulcro que el Sena! (Pausa.) ¡Y yo, yo solo he destruído esta grandeza! La más alta majestad humana, Francisco de Valois; el poderoso rival de Carlos Quinto, ha desaparecido merced á mí, como desaparece uno de esos relámpagos

fugaces! ¡Blanca! ¡Blanca mia! ¡Ya estás vengada! ¡Tu seductor; el repugnante libertino que mancilló tu honra, yace exánime á mis plantas! Lo pequeño, lo infinitamente pequeño se posa esta vez sobre lo grande! ¡Dios lo quiere! ¡El polvo, el deleznable polvo que pisa al andar la planta de los reyes, desprende de sí partículas invisibles que se elevan al espacio, y que al caer después cubren y manchan sus aureas riquísimas coronas! ¡En la lucha entre el débil y el fuerte; entre lo pequeño y lo grande, el polvo que pisó sin piedad su planta, ha caído sobre la regia corona, y el perro que lamía los piés de su señor, le ataraza el corazón ahora! ¡Cuando la razón le presta fuerza; el agravio injusto le estimula; y el deseo de venganza le anima, el más vil; el más humilde se levanta, y los gatos se convierten en tigres y los bufones en verdugos! ¡Rey;¡miserable Rey, que llenaste de oprobio á un ángel y de desesperación mi alma; tú, que todo lo pudiste y todo lo dominaste, ve si puedes hacer que las corrientes del Sena te lleven á San Dionis y al panteon de tus mayores! (Mientras arrastra el cadáver hasta el parapeto y se dispone á arrojarlo al río, aparecen en la puerta de la casa Magdalena y el Rey, alumbrándose con un farol.)

MAG. Quedáos. La tempestad rebrama todavía.

REY. Sólo una cosa podría detenerme. Díme esa palabra y me quedo.

RIG. ¡Esa voz!... ¡esa voz! ¡Es mi víctima que se escapa de entre mis manos! ¡No; aquí está, está aquí! ¡Qué miro! (Viendo al Rey á la luz de un relámpago.) ¡El Rey!... ¡El Rey!

MAG. Quédate. (El Rey y Magdalena desaparecen, cerrando la puerta.)

RIG. ¡Es él! ¡Es el Rey! ¡Me han engañado. (Dirígese puñal en mano á la puerta, sobre la cual descarga repetidas puñaladas.) ¡Miserable! ¡Tirano! ¡Mónstruo! ¡Maldito, maldito seas! (Volviendo donde está el cadáver.) ¿Qué inocente es

éste que aquí yace? (Tentando el cadáver.) Es un cuerpo humano. ¡Sí; es un hombre! ¿Quién es? (Rasga con el puñal la capa en que viene envuelto el cadáver de Blanca y mira con ansia.) ¡Nada! ¡No distingo nada! ¡No puedo distinguir sus facciones! ¡Esta oscuridad! ¡Dios; Dios de Dios! ¡Un relámpago! (Inclínase sobre el cadáver y fija en él los ojos, esperando inmóvil en esta actitud hasta que brilla rápidamente un relámpago que ilumina la escena toda. Rigoletto horrorizado se levanta y retrocede dando un grito espantoso.) ¡Mi hija! ¡Es mi hija! ¡La maldición de Saint-Valier está cumplida! ¡Pero no; es una visión... un sueño!... ¡Yo estoy soñando!... ¡Mi hija ha marchado; mi Blanca está ya lejos de París!... ¡No; no es ella... no es ella!... (Cae de rodillas junto al cadáver, levantando los ojos al cielo. Otro relámpago ilumina completamente la escena.) ¡Sí, sí; ella, ella es! ¡Hija! ¡Hija mía!... ¡muerta!... ¡muerta! ¡y yo... yo he sido su asesino! ¡Parricida, parricida vil! ¡Sé tú tu propio juez y tu verdugo!... (Se da una puñalada y cae.) ¡Blanca! ¡Blanca mía!... Perdón... ¡Mi espíritu busca el tuyo!... ¡Corro á reunirme con tu espíritu! (Dentro de la casa se oyen las alegres carcajadas del Rey y Magdalena. Rigoletto se incorpora y dice con desesperación.) ¡Risas!... ¡Oprobio... Befa!... ¡Vuestro Rey se divierte!... ¡Gemid, pueblos! (Muere.)

FIN DEL DRAMA.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que correspond

ZARZUELAS.

A las doce de la noche	1	D. Rigoberto Cortina	M.
A tiempo y con arte	1	Rigoberto Cortina	M.
Animales y plantas	1	E. Navarro	L.
A real y medio la pieza,	1	E. Navarro	L.
Baños sulfurosos	1	E. Navarro	L.
Círculo nacional	1	Manuel Nieto	M.
De caza	1	Perrín y Palacios	L.
De músicos y locos	1	M. Nieto	M.
El fonógrafo	1	José del Castillo	L.
El Barbián de la Persia	1	E. Navarro	L.
El puesto de las castañas	1	E. Navarro	L.
El último tranvía	1	R. Blasco	1|2 L.
Exposición nacional	1	Rigoberto Cortina	M.
Frutos... coloniales	1	Luis Arnedo	M.
Gandolfo	1	N. N.	L. y M.
La divina zarzuela	1	José del Castillo	1|2 L.
La Pilarica	1	Sres. G. Perrin y Miguel de P.	L. y M.
Las Carolinas	1	D. N. N.	L.
Miss Eva	1	Perrín y Palacios	L.
¡Muchacho!	1	A. Corsino y Suppé	L. y M.
Pastillas de la Mahonesa	1	Eduardo Navarro	L.
Pintar como querer	1	Manuel Nieto	M.
¡Quién fuera ella!	1	Perrin, Palacios y Nieto	L. y M.
Rosario	1	Rigoberto Cortina	M.
Un flamenco d'Alboraya	1	Rigoberto Cortina	M.
Cosas de Madrid	2	Arango, Asensio y Viaña	L. y M.
De Madrid á los corrales	2	Cárlos de Olona	L.
Los horrores de la guerra	2	Arango y Viaña	L. y M.
Mascarada nacional	2	Bolumar y Peidro	L. y M.
Pinafor	2	Llanos y Taboada	M. y 1|2 L.
¡Ya escampa!	2	Olona y Mangiagalli	L. y M.
El año de la Nanita	3	Luis M. de Larra	L.
El corazón en la mano	3	Miguel E. Tormo	L. y M.
El rey reina	3	Sres. Tormo y Nieto	L. y M.
El viaje á Suiza	3	D. M. Echegaray	1|2 L.
El gran Mogol	3	Tormo y Andrán	L. y M.
Graciela (ópera)	3	Francisco Javier Blasco	M.
La guerra alegre	3	Casademunt y Henrich	L. y M.
La guerra y el hógar	3	Carmelo Calvo	L.
Los dos esclavoa	3	Antonio Reig	L.
Un regalo de boda	3	Zapata y Marqués	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.